La educación infantil

A.S. Makarenko

Prólogo de Marta Mata


Editorial NUESTRA CULTURA

Preparado para la biblioteca popular "Riqch'ariy"
La lectura es la fábrica de la conciencia revolucionaria
Por: Stalin Boza
Diciembre 2023

La educación infantil

ANTON MAKARENKO

Prólogo de
Marta Mata



Serie PEDAGOGIA

Diseño: EL CUBRI
Maqueta de colección: PASO CEBRA

Primera edición: Abril, 1978.
Segunda edición: Junio, 1978.
Tercera edición corregida: Abril, 1979.
Cuarta edición: Febrero, 1980.
Quinta edición: Junio, 1980

Pinilla del Valle, 1
Teléfono: 262 02 48. Madrid-2.
ISBN: 84-7465-003-8
Depósito legal: M. 20978-1980
Compuesto en P. C. SA.
San Bernardo, 13. 3º Izda. Madrid.
Impreso en España/ Printed in Spain:
Gráficas Palermo.
C/ Palermo, s/n. Madrid-33.

PROLOGOS

A LA PRIMERA EDICION

He aquí un libro sencillo, con un título sencillo, sobre la educación infantil. Pero he aquí también, un compendio de Pedagogía en el sentido más profundo del término: Ciencia de la educación.

La Pedagogía ha sido, a través de la Historia, a veces visión, otras aspiraciióm, delicadas experiencias en algunos casos, rutina memorística y autoritaria como telón de fondo; hasta que en el siglo pasado la asunción de la necesidad de educación para todos, convertida en una extensión de la escolaridad obligatoria, prepara el terreno para que aparezca la Pedagogía como ciencia de la educación.

Esta ciencia, que propiciaba una educación para todos, ha tenido curiosamente dos fuerzas especiales de progreso: el trabajo y estudio en la educación de los niños deficientes físicos y psíquicos por un lado, y la educación de los niños marginados socialmente por otro. Y es que bajo el científico que es cada pedagogo, hay un hombre que tiene una actitud de piedad con respecto

al niño, al niño que él mismo fué. Piedad no en el sentido mojigato, sino en el sentido clásico de la palabra, en el sentido de respeto profundo al hombre en lo que tiene de hombre, abdicando de aquello en que el hombre se parece al animal, la fuerza, y aún lo supera en bestialidad cuando utiliza la fuerza psíquica para dominar y no para respetar.

Es esta piedad convertida en ciencia lo que hace contemplar el problema del niño deficiente y del niño marginado, que revierte en favor del niño en general, el cual, por definición, también tiene deficiencias y vive al margen del mundo adulto. Así, la Pedagogía general, tiene las aportaciones de Montessori o Decroly desde el campo de la enseñanza especial, pero tiene también las aportaciones de un Pestalozzi o de un Deligny a partir del cuidado del niño marginado social. Los primeros abundan en el estudio minucioso de la evolución del niño en todos sus aspectos. Las conquistas que hacen en este campo, aspecto por aspecto y paso por paso, las ponen al servicio del niño deficiente, contribuyendo fuertemente al carácter científico de la Pedagogía en el sentido clásico de la palabra ciencia.

Las aportaciones, en cambio, de quienes han tenido que trabajar entre niños marginados son las de la novedad y rapidez con que el educador ha de dar respuesta a situaciones complejísimas e impensadas, lo cual ha contribuido, por supuesto, no sólo a dejar sentado el carácter de arte, de creación que tiene la acción educativa, sino también la necesaria capacidad de romper con prejuicios y de echar mano de la comprensión más arriesgada y de la imaginación más creativa, por

parte de quienes ejercen el papel de educador.

Pestalozzi acogiendo en su casa de Yverdom a los huérfanos de las guerras napoleónicas, Deligny afrontando cara a cara el problema de los delincuentes después de la Segunda Guerra Mundial, enmarcan la acción pedagógica de un Makarenko educador, en sus famosas colonias, de los niños que una revolución tan profunda como la que empezó en 1917 había de dejar en la sociedad soviética.

Makarenko, el autor de "Poema Pedagógico" y de "Banderas en las torres", el responsable de las colonias Gorki y Poltava, es un ejemplo claro de piedad humana hecha ciencia y hecha poesía, naturalmente, a partir de un trabajo directo y real con los chicos, en el cual Makarenko implicaba no sólo su profesión sino su vida.

Pero Makarenko es también un ejemplo de Pedagogía-Comunicación, muestra de lo cual es el presente libro. La experiencia pedagógica, si es verdaderamente científica, es comunicable también, y ha de ser especialmente comunicada a quienes tienen un papel decisivo en la educación, los padres, la pareja que dió vida al niño y que le dará normalmente un hogar.

Es de resaltar la finura de visión de un Makarenko que, a partir de su trabajo en la educación de niños y muchachos alejados o carentes de familia propia, puede llegar a comunicar tal cantidad de pautas de educación familiar. Es de resaltar también que su Pedagogía, desarrollada en un momento de intenso cambio en la vida política del país, reencuentra los temas de siempre dentro de la familia: la autoridad, la disciplina, el juego, el trabajo, la economía, la cultura, el se-

xo. . . los canales de educación familiar, en suma, y la familia misma que queda incorporada a la respuesta pedagógica que Makarenko fue dentro de la revolución rusa; incorporada y revalorizada no sólo para la sociedad soviética, sino también para la historia de la educación.

Porque, seamos sinceros: una respuesta positiva a los interrogantes y a la depresión de la familia burguesa ante su fracaso educativo, es esta visión de la familia trabajadora que Makarenko nos da y que, mucho mejor que el mismo Neill lo hizo en "Freedom, not licence", podría acallar la angustia de la familia norteamericana o no, que habita en las little boxes *o en los avisperos de los bloques. La célula familiar tiene entidad, pero se resiente actualmente de una profunda crísis, porque, como todo grupo humano, no tiene sentido humano si no es asumiendo su papel en la sociedad; sólo en este caso el rol educativo de la familia podrá ser cumplido positivamente.*

Makarenko parte de esta premisa y, por ello, este libro, sensato por lo realista, puede ser tan útil a nuestras familias en unas sociedades tan distintas de la soviética, e incluso, a partir de sus enfoques concretos de la educación familiar, puede dejar planteados interrogantes sociales profundos a la familia, interrogantes a su vez más educativos que cualquier solución intuída o comprobada.

Es comprensible una pregunta final: ¿Tenemos en nuestras manos un texto de educación marxista? La respuesta es obvia: Tenemos en nuestras manos un texto de auténtica educación, a la cual el marxismo aporta lo mejor de su ideología: la fe en el hombre. El hombre que ya es, el

padre; el hombre que ha de ser, el niño. Tenemos en nuestras manos un libro de piedad hecha ciencia, un libro de Pedagogía, un libro de educación.

Marta Mata i Garriga
Febrero de 1978.

A LA CUARTA EDICION

He aquí, en 1980, la cuarta edición en España de una obra publicada en la URSS por vez primera en 1937.

Hay un haz de razones profundas para justificar tal continuidad a través de la distancia, de los años y de las fronteras, a menudo trincheras, que separan las dos fechas y los dos países. Las exponíamos en febrero de 1978, en el prólogo a la primera edición española. Un texto sobre educación familiar, un texto realmente comunicativo de ciencia, poesía y piedad educativas, un texto nacido de la durísima práctica pero con el norte de la fe en el hombre, tenía en sí la fuerza para vencer tantos y tamaños distanciamientos.

Y las ediciones se han sucedido; pero mientras tanto, entre abril de 1978 y enero de 1980, se han producido en España una serie de cambios, y una formulación que a menudo los ampara a todos se ha producido también: de la esperanza al desencanto.

A grandes rasgos, y concretándonos en la educación, la esperanza, el trabajo y la lucha por conseguir una humanización del sistema educativo, para

introducir en la administración educativa nuevas pautas abiertas a las necesidades reales y a la participación de la sociedad, para introducir en las aulas nuevas pautas y nuevos contenidos pedagógicos elaborados ya durante tantos años por los maestros con la mirada puesta a estas necesidades concretas del niño y del entorno concreto, para introducir de una manera franca y abierta en la sociedad en general y en sus medios de comunicación el modelo de educación que tantos ciudadanos, padres o no, han soñado... esta gran contienda con tantos frentes, con tantas batallas, estaba iluminada, ilusionada por la nueva luz de la democracia que estrenábamos en 1977.

Ahora, en enero de 1980, esta gran contienda se realiza bajo los nubarrones de la democracia que tenemos; y a los efectos de la penumbra se les llama desencanto. ¿Quiere ésto decir que éramos entonces unos "iluminados", unos ilusos? ¿Que lo somos ahora cuando pretendemos continuar en la contienda bajo el mismo cielo?

La cuarta edición de un libro como éste, responde recordándonos cómo las conquistas auténticas son irreversibles y pueden continuar bajo cualquier cielo, y que las gentes sencillas lo saben. Las nuevas pautas en la educación en familia que Makarenko expone y propone, son algo que se sostiene tan firmemente en la realidad de esta primera célula educativa que es la familia, que se acogen allí indefectiblemente... y que rebasan sus límites. Esta es una esperanza ahora.

De la concepción de educación familiar que propugna este libro se desprende como fruta madura un crescendo de relación familia-escuela. Primero, la relación de los padres del niño con el maestro, para

afinar todo lo individual de su educación. Segundo, la relación entre los padres de un grupo-clase y el maestro, para conocimiento, seguimiento y colaboración en el programa de trabajo del curso, en la educación colectiva de los niños y niñas. Tercero, colaboración entre todos los padres y los maestros de una misma escuela puesto que la educación de los hijos depende de tal marco institucional, de sus realidades todas, de su orientación.

Luego, el libro ayuda a los padres a pensar también como ciudadanos; ciudadanos en tal localidad, ciudadanos de tal país, ciudadanos de tal circunstancia política...

No soñemos ya más. Pero leyendo las sencillas páginas de este libro recordamos cómo los auténticos cambios jamás se producen solamente en las alturas; antes y después, después y antes, los cambios como el que nuestro siglo y nuestro pueblo pretenden en educación, se realizan, no sólo en las grandes cámaras y ministerios sino en las pequeñas concejalías rurales, en las escuelas, en las familias, en las personas. Para pensar así, basta con tener fe en el hombre, el norte de estas páginas; fe en el hombre, antípoda del desencanto.

Marta Mata i Garriga
Enero de 1980

CONDICIONES GENERALES DE LA EDUCACION FAMILIAR

Queridos padres:

La educación de los niños es la tarea más importante de nuestra vida. Nuestros hijos son los futuros ciudadanos del país y del mundo. Ellos serán los forjadores de historia. Son los futuros padres y madres, y serán a su vez los educadores de sus hijos. Debemos empeñarnos en que se transformen en excelentes ciudadanos, en buenos padres. Ellos encarnan también la esperanza de nuestra vejez. Una educación correcta nos deparará una vejez feliz, en tanto que una educación deficiente será para nosotros una fuente de amarguras y lágrimas y nos hará culpables ante todo el país.

Queridos padres: nunca debemos olvidar nuestra responsabilidad por el cumplimiento correcto de esta importante tarea.

Hoy damos comienzo a un ciclo de conferencias sobre educación familiar. Sus distintos aspectos –la disciplina y la autoridad paterna, el juego, la alimentación y el vestido, la urbanidad, etc– son todos muy importantes y su desarrollo, que exige métodos adecuados, será tratado más adelante en forma detallada. Hoy consideramos previamente algunas cuestiones de importancia general, que se vinculan con todos ellos y siempre deben ser tenidos en cuenta.

Ante todo establezcamos con claridad que educar al niño correcta y normalmente es mucho más fácil que reeducarlo. Una educación correcta a partir de la más tierna infancia no es una tarea tan difícil como creen muchos. No hay padre ni madre que no pueda realizarla con facilidad si realmente se empeña en ella, y, por otra parte, es una tarea grata, placentera, feliz. Otra cosa totalmente diferente es la reeducación. Si el proceso educativo adoleció de serios fallos u omisiones, si se procedió improvisadamente, incurriendo en negligencia o ligereza, será necesario corregir mucho, reformar. Y la tarea de corrección, de reeducación, ya no es un asunto fácil. Exige esfuerzos, conocimientos y paciencia que no todos los padres poseen. En ciertos casos la familia se siente impotente para allanar las dificultades de la reeducación y se ve en el trance de internar al hijo o a la hija en una colonia de trabajo. A veces, incluso la misma colonia ya no puede hacer nada, resultando de ahí un hombre inadaptado para la vida. Y aun en el caso de que la reforma haya sido eficaz y diera por resultado un hombre trabajador, todos estarán satisfechos porque verán la parte positiva, pero nadie calculará todo lo que se ha perdido. Si la educación del mismo individuo hubiese sido correcta desde el comienzo, habría aprovechado más experiencias constructivas de la vida y estaría mejor dotado, más preparado y, por consiguiente, sería más feliz. Además, el trabajo de reeducar, de reformar, no sólo es difícil sino también penoso. Aun en el caso de éxito completo, constantemente ocasiona amarguras a los padres, desgasta su sistema nervioso y altera con frecuencia su carácter.

Recomendamos a los padres recordar siempre la necesidad de educar de modo tal que no sea menester más tarde reformar, que todo se haga correctamente desde el principio mismo.

Muchos errores en el trabajo familiar provienen de que los padres olvidan los tiempos que viven. Actúan como buenos ciudadanos de la Unión Soviética, como miembros de una sociedad nueva, socialista, en su em-

pleo y en la sociedad, mas en su casa, entre los niños, viven a la antigua. Desde luego que no se puede afirmar que en la vieja familia prerrevolucionaria todo era malo, algunas de sus modalidades pueden adoptarse aun ahora, pero es necesario recordar siempre que nuestra vida, en cuanto a los principios que la sustentan, difiere mucho de la antigua. Vivimos en una sociedad sin clases que existe por ahora solamente en la URSS, estamos frente a grandes batallas con la burguesía agonizante, y abocados a una gran construcción socialista. Nuestros hijos deben convertirse en constructores activos y conscientes del comunismo.

Los padres deben pensar en qué se diferencia la familia soviética de la vieja. Antes, por ejemplo, el padre tenía más poder y los hijos vivían sometidos a su arbitrio incontrolado sin poder eludir su autoridad. Muchos abusaban de ella y trataban a los hijos con crueldad, despóticamente. El Estado y la Iglesia Ortodoxa sostenían esa autoridad por convenir así a una sociedad de explotadores. En nuestra familia, en cambio, la situación es distinta. La niña, por ejemplo, no esperará a que los padres le encuentren un novio, sin perjuicio de que también nuestra familia deba guiar los sentimientos de sus hijos. Pero es evidente que esta dirección ya no puede atenerse a los mismos métodos y debe elaborar otros nuevos, concordantes con nuestros principios.

En la sociedad antigua cada familia pertenecía a una clase, y sus hijos por lo común quedaban en la misma. El hijo del campesino se hacía campesino, y el del obrero, obrero. En cambio, nuestros hijos gozan de amplios horizontes para elegir, en los que desempeñan un papel decisivo exclusivamente su capacidad y preparación y no las posibilidades materiales de la familia. Vale decir, nuestros hijos gozan de posibilidades incomparables. Y eso lo saben tanto los niños como los padres. En semejantes condiciones se hace imposible cualquier arbitrariedad paterna y es necesario ejercer una dirección más racional, cuidadosa y hábil.

La familia dejó de ser patriarcal. Nuestra mujer goza de los mismos derechos que el hombre, y los de la madre son iguales a los del padre. El hogar no está sometido a la autocracia paterna, sino que constituye una colectividad soviética. Los padres poseen en él ciertos derechos. ¿Cuál es su fuente?

Antiguamente se consideraba que el origen de la autoridad paterna era celestial. la voluntad de Dios y un mandamiento especial prescribían el acatamiento a los padres. Los sacerdotes lo explicaban en las escuelas y contaban a los niños cómo Dios castigaba cruelmente a los que no obedecían a sus padres. En el Estado soviético no engañamos a los niños. Los padres poseen autoridad en el seno de su familia porque son responsables de ella ante la sociedad y ante la ley. Aunque todos sus integrantes constituyen una colectividad de miembros sociales que gozan de iguales derechos, la diferencia consiste en que los padres la dirigen mientras los hijos se adecuan en ella.

Los padres deben tener un concepto perfectamente claro de todo esto. Cada uno debe comprender que él no es un amo absoluto de la familia, sino simplemente el miembro mayor y el más responsable. Si este pensamiento es comprendido en forma cabal, todo el trabajo educativo se desenvolverá correctamente.

Sabemos que dicha tarea no siempre se desarrolla con el mismo éxito. Depende de muchas causas, fundamentalmente de la aplicación de métodos educativos correctos, pero un factor muy importante lo constituye la organización de la familia, su estructura. Y ello, en cierta medida, depende de nuestra voluntad. Se puede afirmar categóricamente, por ejemplo, que la educación de un hijo o hija únicos es una labor mucho más difícil que la de educar a varios. Aun cuando la familia atraviese ciertas dificultades materiales no debe limitarse a un solo hijo. El hijo único se convierte pronto en el centro de la familia. Ocasiona a los padres preocupaciones que generalmente exceden lo normal. El amor paterno se caracteriza en esos casos por cierto enervamiento.La enfermedad de

ese niño o su muerte inciden en forma extraordinariamente penosa sobre los padres y el solo temor a semejante desgracia les produce una permanente y honda preocupación, privándolos de la tranquilidad necesaria. Con mucha frecuencia el hijo único se acostumbra a su situación excepcional y se convierte en un verdadero déspota de la familia. Para los padres suele ser muy difícil moderar su cariño y preocupación por él y sin querer forman a un egoísta.

Sólo en la familia con varios hijos la preocupación paterna puede tener un carácter normal y distribuirse uniformemente entre todos. En una familia numerosa, el niño se acostumbra desde pequeño a la vida colectiva, adquiere la experiencia de la vinculación recíproca, y entre los mayores y menores se establecen la amistad y el cariño. En semejante ambiente la vida brinda al niño la posibilidad de ejercitarse en las distintas formas de las relaciones humanas. Tiene la oportunidad de experimentar vivencias que son inasequibles para el hijo único: el amor al hermano mayor y al menor –que son sentimientos completamente distintos– y la capacidad de compartir con ellos las cosas y los afectos. En una familia numerosa el niño se acostumbra a cada paso, incluso en el juego, a vivir en un ambiente social, lo que constituye un factor muy importante para la educación soviética. En la familia burguesa este problema no tiene la misma importancia por cuanto toda la sociedad está estructurada sobre un principio egoísta.

Hay también otros casos de familia incompleta. Son los de los padres que se han separado. Esta situación se refleja en forma muy perjudicial sobre la educación del niño, sobre todo cuando los padres lo convierten en objeto de disputa y no le ocultan su animosidad recíproca.

Cuando un matrimonio está por separarse, ambos cónyuges deberían pensar en sus hijos. Cualesquiera que sean las diferencias, hay que resolversas en forma discreta y, una vez producida la separación, ocultar a los hijos la hostilidad y el encono hacia el ex cónyuge. Cuando un

padre abandona a su familia, de hecho ya no puede seguir teniendo a su cargo la educación de los hijos y, al no poder por lo tanto influir en forma benéfica en su familia anterior, será mejor que se empeñe en que lo olviden; será más honesto. Aunque, desde luego, ello no extingue sus obligaciones materiales con respecto a los hijos abandonados.

El problema de la estructura familiar es muy importante y hay que encararlo a conciencia. Si los padres profesan un cariño real a sus hijos y quieren educarlos lo mejor posible, tratarán de no llevar sus desacuerdos a la separación, que siempre crea a los niños una situación difícil.

Otro problema que exige una atención seria es la de los fines de la educación. Más de una vez se observa una total despreocupación en este sentido: los padres se limitan simplemente a convivir con sus hijos y confían en que todo se resolverá por sí mismo. Carecen de propósitos claros y de un programa definido. Es lógico que en semejantes condiciones los resultados sean siempre contingentes, sin perjuicio de que los padres se asombren más tarde por los defectos de sus hijos. Ninguna tarea puede ser realizada en forma cumplida si no se sabe cuáles son sus objetivos.

Todo padre y madre deben saber con precisión qué es lo que se proponen en la educación de su hijo. Deben establecer en primer término con claridad cuáles son sus propias aspiraciones al respecto. ¿Aspiran a formar un verdadero ciudadano del país soviético, un hombre preparado, enérgico, honesto, fiel a su pueblo, a la causa revolucionaria, trabajador, animoso, cortés? ¿O desean que el niño se convierta en un pequeño burgués ávido, cobarde, en un hombre de negocios astuto y mezquino? Bastará tomarse el trabajo de meditar bien al respecto para advertir de inmediato los numerosos errores que se cometen y los caminos correctos a seguir.

Al mismo tiempo, la paternidad no se reduce a la educación de los hijos y a ser una fuente de alegría personal

El hijo que se forma bajo nuestra dirección es el futuro ciudadano, el hombre que participará activamente en la vida social, el luchador. Si lo educamos mal, el daño no será únicamente para nosotros, sino también para el país. No nos podemos desentender de este aspecto y considerarlo simplemente como algo secundario. Cuando en nuestra fábrica o establecimiento producimos artículos inferiores, nos avergonzamos. ¡Con cuánta más razón será vergonzoso producir para la sociedad hombres deficientes o dañinos!

Bastará meditar con un poco de seriedad sobre este problema para advertir su importancia y descartar por superfluas muchas charlas sobre educación, como también darse cuenta de inmediato de qué se debe hacer. Pero no todos los padres reflexionan sobre este problema. Aman a sus hijos, experimentan placer en su compañía y se sienten orgullosos de ellos, pero olvidan completamente su responsabilidad moral para la formación del futuro ciudadano.

¿Acaso puede pensar en ello un padre que es mal ciudadano, que se desentiende por completo de la vida del país, de sus luchas y de sus éxitos, y a quien ni siquiera inquietan los ataques del enemigo? Desde luego que no. Pero no vale la pena hablar de semejantes sujetos, no abundan en nuestro país.

Además, hay también otra clase de personas: las que en el trabajo y en el ambiente social se sienten ciudadanos, pero son indiferentes ante los asuntos domésticos; en la casa se limitan a silenciar los problemas o, a la inversa, se comportan en forma indigna de un ciudadano soviético. Antes de empezar la educación de los hijos hay que reexaminar la propia conducta.

No se deben separar las cuestiones familiares de las sociales. La actividad que se despliega en el trabajo o en el ambiente social debe reflejarse también en el hogar, donde la personalidad civil y política del padre debe aparecer identificada con la familiar. Todos los sucesos del país deben llegar a los niños a través del espíritu y pensamien-

to paternos. Todo lo que pasa en la fábrica, las cosas positivas o negativas, deben también interesar a los hijos. Deben saber que el padre es un hombre de actuación social y enorgullecerse de ello, de sus éxitos y de sus méritos ante la sociedad. Pero ese orgullo será sano si comprenden su esencia social y no se envanecen simplemente porque el padre tienen un buen traje, un automóvil o un fusil de caza.

La conducta personal de los padres es un factor decisivo. El ejemplo es el mejor método educativo. No se piense que se educa al niño solamente cuando se conversa con él, se le enseña o se le ordena algo. El padre lo educa en todo momento, incluso cuando está ausente. La forma en que se viste, conversa con los demás o habla de ellos, exterioriza su alegría o su pena; el trato de los amigos y de los adversarios, la manera de reír, leer el diario, todo eso tiene para el niño gran importancia. El pequeño percibe o siente el menor cambio en el tono del padre; todas las alternativas de su pensamiento le llegan por vías invisibles, imperceptibles a simple vista. Cuando el padre se comporta en la casa en forma grosera o jactanciosa, si se embriaga o, aún peor, si ofende a la madre, ocasiona con ello un enorme daño a los hijos, los está educando mal, y su conducta indigna tendrá las consecuencias más lamentables.

El respeto paterno a la familia, el control de cada acto propio, el cumplimiento del propio deber, constituyen el primero y más importante método de educación.

Existen también padres que creen que con encontrar alguna receta educativa ingeniosa el problema queda resuelto. Piensan que mediante esa receta un holgazán puede educar en forma constructiva, que un pícaro podrá formar a un ciudadano honesto, un mentiroso a un niño veraz. Tales milagros no ocurren. No hay receta que valga cuando el educador carece de las condiciones necesarias.

En primer término hay que dedicar seria atención a los propios defectos y descartar los presuntos recursos de las artimañas pedagógicas. Desgraciadamente, hay perso-

nas que creen en ellas. Uno inventa un castigo especial, otro apela a premios, el tercero se hace el gracioso para divertir a los niños, el cuarto los seduce con promesas.

La educación exige un tono serio, sencillo y sincero. Son las cualidades que deben integrar la base de nuestra vida. La menor falsedad, artificio, bufonería o frivolidad condenan la tarea educativa al fracaso. Eso no significa desde luego que se debe estar siempre adusto, afectado; séase sencillamente sincero, que el estado de ánimo corresponda al momento y a la esencia de lo que ocurre en la familia.

Los artificios disimulan la realidad y entretienen a los mismos padres, haciendo perder el tiempo. ¡Y son tantos los que se quejan de la falta de tiempo!

Desde luego que es saludable que los padres se hallen con sus hijos con la mayor frecuencia, y es muy malo cuando nunca los ven. Mas esto no significa que no se les deba quitar los ojos de encima. Una educación semejante sólo puede causar daño; desarrolla un carácter pasivo, los niños se acostumbran demasiado a la compañía de los adultos y su crecimiento espiritual se acelera. Los padres gustan vanagloriarse de ello, pero más tarde se convencen de que han incurrido en un error.

Es necesario saber qué hace, dónde se encuentra, quién está con el niño, pero se le debe brindar la libertad necesaria para que no se encuentre exclusivamente bajo la influencia personal del padre, sino que experimente también las diversas influencias de la vida. No se crea que se le debe resguardar de las influencias negativas, y aun de las hostiles. Pues de todos modos en la vida tendrá que enfrentarse con las tendencias más diversas, con hombres y circunstancias extrañas y dañinas. Hay que formar en él la capacidad de orientarse entre ellos, luchar contra ellos, aprender a conocerlos oportunamente. Con una educación de invernadero, con el aislamiento, es imposible formar esa capacidad. De ahí que para lograrlo sea conveniente que el niño alterne diversos ambientes, ejerciendo al mismo tiempo la debida vigilancia.

Es necesario auxiliar a los niños a tiempo, detenerlos oportunamente en sus desviaciones y orientarlos. Es una tarea en que la constancia juega un papel decisivo, pero sin llegar al extremo de lo que se llama llevar a un niño de la mano. (Oportunamente nos referiremos en forma más detallada a este problema). La educación no exige mucho tiempo, lo que importa es un aprovechamiento racional. Y aquí cabe repetir una vez más: la educación está siempre presente, aun cuando los padres estén ausentes de su casa.

La verdadera esencia de la labor educativa no consiste en realidad –como probablemente ya se habrá advertido– en las conversaciones con el niño, en la influencia directa sobre él, sino en la organización de la familia, en la organización de la vida del niño y en el ejemplo que se le brinda con la vida personal y social. El trabajo educativo es ante todo un trabajo de organización. Y por ello en este asunto no existen pequeñeces. Nunca se debe considerar algo como tal y relegarlo al olvido. Es un craso error pensar que se debe concentrar la atención en algo que se juzga como muy importante, dejando lo restante de lado. En la tarea educativa no hay pequeñeces. Una cinta que se ata a los cabellos de la niña, un sombrerito, un juguete, todas son cosas que pueden tener en su vida una gran importancia. Una buena organización consiste precisamente en no omitir los menores detalles y circunstancias. Las minucias actúan con regularidad, diariamente, a todas horas, y son los componentes de la vida. Guiar y organizar esa vida es el problema paterno de más responsabilidad.

En conferencias ulteriores examinaremos los diversos métodos de la educación familiar en forma más detallada. La de hoy fue una introducción.

Resumamos brevemente lo dicho.

La educación debe ser correcta desde la iniciación, para que más tarde no sea necesario reeducar, lo que es mucho más difícil.

Es necesario recordar que se guía a la nueva familia soviética. Dentro de lo posible hay que procurar una estructura familiar correcta.

Es necesario formularse objetivos y programas precisos para la tarea educativa.

Tener siempre presente que el niño no es solamente un motivo de alegría para los padres, sino que es el futuro ciudadano, lo que comporta una responsabilidad ante el país.

Es necesario, ante todo, ser uno mismo un buen ciudano e infundir el sentido de la propia dignidad cívica en la familia.

Es necesario plantear las más severas exigencias a la propia conducta.

No se debe confiar en ninguna clase de recetas ni artificios. Se debe ser serio, sencillo y sincero.

Es un error pensar que la educación exige mucho tiempo; es necesario saber guiar al niño y no ponerlo al margen de la vida real.

Lo principal en la labor educativa consiste en la organización de la vida familiar teniendo en cuenta atentamente todos los detalles.

LA AUTORIDAD PATERNA

En la conferencia anterior decíamos que la familia soviética difiere mucho de la burguesa. Ante todo, esa diferencia estriba en el carácter de la autoridad paterna. La sociedad confirió a los padres la misión de formar a los futuros ciudadanos de nuestra patria y la responsabilidad que ello comporta sirve de base al concepto que de su autoridad se forman los hijos.

Sin embargo, sería incómodo recordar constantemente en el seno de la familia dicha atribución social. La educación infantil comienza en la edad en que ninguna demostración lógica ni alegato de derechos son posibles.

Por último, el sentido mismo de la autoridad consiste justamente en que no exige demostraciones, en que se acepta como una dignidad indudable del mayor, cuyo valor y gravitación se imponen espontáneamente al espíritu del niño.

El padre y la madre deben tener esta autoridad, pues sin ella es imposible educar. Sin embargo escuchamos con frecuencia la pregunta: ¿Qué hacer con el niño cuando no obedece? Pues precisamente este "no obedece" es una señal de que los padres carecen de autoridad sobre él.

¿De dónde proviene la autoridad paterna, cómo se estructura?

Los padres cuyos hijos "no obedecen" se inclinan a

veces a pensar que la autoridad proviene de la naturaleza, que es una aptitud especial. Si se carece de ella, no hay nada que hacer, sólo resta envidiar al que la posee. Es un error. La autoridad puede formarse en cada familia, cosa que, por otra parte, no constituye una empresa difícil.

Desgraciadamente hay padres que tratan de cimentarla en bases falsas. Su objetivo se reduce a que los hijos les obedezcan. Desde luego que se trata de un grave error. La autoridad y la obediencia no pueden erigirse como fines en sí mismas, ya que el único fin que se persigue es el de la educación correcta. La obediencia puede considerarse solamente como uno de los caminos hacia ese fin. Los que persiguen la obediencia por la obediencia misma son los padres que no comprenden, o no piensan, en los verdaderos fines de la educación. Fundan su tranquilidad en la obediencia de los hijos. Eso es lo que constituye su verdadero fin. Desde luego que en los hechos resulta siempre que ni la tranquilidad ni la obediencia perduran mucho. Una autoridad estructurada sobre bases falsas sirve solamente por poco tiempo, se extingue pronto; no quedan ni autoridad ni obediencia. A veces se logra la obediencia, pero los restantes fines de la educación quedan en el último plano: se forman, en verdad, hombres obedientes, pero débiles.

Existen muchas clases de autoridad falsa. Examinaremos aquí más o menos detalladamente una decena. Confiamos en que después de este análisis será más fácil dilucidar las condiciones de la autoridad verdadera.

Autoridad de la represión.– Es la más temible, aunque no la más dañina. Los que sufren más con ella son los mismos padres. En los hechos, la autoridad de la represión se traduce en que el padre siempre grita y riñe, por cualquier insignificancia se desata en improperios, acude al palo o a la correa por cualquier motivo, responde a cada pregunta con una grosería y castiga cada culpa del niño. Semejante terror paterno mantiene atemorizada a toda la familia; no sólo a los niños, sino también a la

madre. Es perjudicial porque, además de intimidar a los niños, convierte a la madre en un ser nulo, apto únicamente para ser sirvienta. No se requiere abundar en demostraciones de que semejante autoridad es dañina. No educa, sino que se limita a habituar a los niños a mantenerse lejos del terrible padre; engendra la mentira infantil y la cobardía y, al mismo tiempo, produce en el niño la aparición de la crueldad. Niños oprimidos y abúlicos se transforman más tarde en hombres insignificantes y despersonalizados, o en déspotas vengadores de una infancia oprimida durante toda su vida ulterior. Es la autoridad más salvaje y se encuentra solamente entre padres muy incultos; felizmente en los últimos tiempos se está extinguiendo.

Autoridad del distanciamiento.– Hay padres que están seriamente convencidos de que se consigue la obediencia eludiendo contactos o conversaciones con los niños, manteniénsose a distancia, dirigiéndose a ellos sólo en ejercicio de la autoridad. Esta forma gozaba de especial predicamento en algunas viejas familias de intelectuales. Por lo común, en tales casos el padre se aísla en un gabinete del que emerge raras veces como un ente sagrado. Come por separado, se distrae solo, llegando su alejamiento al punto de transmitir sus resoluciones por intermedio de la madre. Hay también madres por el estilo: se preocupan principalmente por su vida personal, por los intereses y pensamientos propios. Los niños están a cargo de una abuela o de una doméstica.

Huelga decir que semejante autoridad no es útil y que una familia en semejantes condiciones carece de organización racional.

Autoridad de la jactancia.– Es un tipo especial de la autoridad del distanciamiento pero acaso más dañino. Todo ciudadano del Estado soviético tiene sus méritos. Pero algunos creen que los suyos son los más valiosos y adoptan una actitud de importancia ante los propios hi-

jos. Su actitud en la casa es aún más vanidosa que en el trabajo y no hacen otra cosa que hablar de sus prominentes cargos personales, tratando a los demás con altivez. Es natural que los niños, influidos por semejante actitud, empiecen también a darse importancia. Se jactan siempre ante sus compañeros repitiendo a cada paso: mi papá es jefe, mi papá es escritor, mi papá es comandante, mi papá es una persona importante. En esa atmósfera de altanería, el importante papá pierde la capacidad de discernir dónde van sus hijos y a quién educa. Entre las madres también se encuentran este tipo de autoridad: un vestido especial, una relación importante, un viaje a un balneario, todo les brinda una base para jactarse, para alejarse de los demás y de sus propios hijos.

Autoridad de la pedantería.– En este caso los padres dedican más atención a los hijos que en el anterior; trabajan más, pero lo hacen como burócratas, están convencidos de que su palabra es sagrada y de que los hijos deben escucharla con unción. Usan un tono frío para comunicar sus resoluciones, las que una vez impartidas se convierten de inmediato en ley. Se trata de gente que teme sobre todo que los hijos piensen que el padre puede equivocarse, que no es un hombre decidido. Si dijo: "Mañana lloverá, no se podrá ir de paseo", entonces, aunque el tiempo al día siguiente sea propicio, ya quedó establecido que no se puede pasear. Le desagradó una película: de ahí una prohibición de ir al cine en general, aún tratándose de películas buenas. Impuso un castigo y más tarde se descubre que el niño no era tan culpable como parecía: el padre por nada cambia su actitud, una vez impuesto el castigo, debe cumplirse. Todos los días encuentra motivos punibles y en cada movimiento del hijo ve una trasgresión del orden y de la legalidad, y lo acosa con nuevas leyes y disposiciones. La vida del niño, sus intereses, su crecimiento, pasan inadvertidos para él; no ve otra cosa fuera de su jefatura burocrática de la familia.

Autoridad del razonamiento.– Pretende basarse en la razón y resulta irracional. El padre literalmente agobia la vida del niño con interminables enseñanzas y conversaciones edificantes. En vez de pocas palabras dichas preferentemene en tono de broma, le endilga discursos aburridos y fastidiosos. Cree que la sabiduría pedagógica consiste en impartir enseñanzas. Se forma un clima familiar triste y tedioso. Los padres tratan por todos los medios de aparecer ante los hijos como virtuosos infalibles. Olvidan que los niños no son adultos, que tienen su propia vida, que debe ser respetada. Esa vida es más emocional, más apasionada que la del adulto, y en su primera etapa no existe aún el razonamiento. La costumbre de razonar se forma lenta y gradualmente, y las largas peroratas y los constantes discursos y verborreas, lejos de conferir autoridad a sus autores, constituyen un impedimento.

Autoridad del amor.– Este es tipo de falsa autoridad más difundido entre nosotros. Muchos padres están convencidos de que la obediencia de los hijos es fruto del cariño y que, para ganarlo, es necesario exteriorizarles a cada paso el propio. Prodigan al hijo toda clase de caricias y cuando no obedece le preguntan de inmediato. "¿Quiere decir que no quieres a tu papá?" Están pendientes de la expresión de los ojos infantiles y reclaman ternura y amor. Las madres suelen vanagloriarse ante los conocidos en presencia del niño: "Quiere muchísimo a papá y me quiere mucho a mí; es un hijo muy cariñoso. . . " El sentimentalismo y la ternura absorben en tal forma la atención que no permiten ver otra cosa. Muchos detalles importantes de la educación quedan relegados al olvido. Todos los actos del hijo deben inspirarse en el amor a los padres.

Este sistema es muy deficiente. Engendra el egoísmo familiar. Los niños, naturalemnte, no pueden comportarse en la forma descrita, y no tardan en advertir que es fácil engañar a los padres con sólo adoptar una expresión tierna. Más aún: que los pueden intimidar adoptando un

aire huraño que presagia la extinción del amor. Desde la más tierna edad empiezan a comprender que se puede ganar a los demás aparentando afecto y se acostumbran a la simulación con todo cinismo; aunque conserven el cariño por los padres durante un tiempo prolongado, se vuelven incapaces de sentir una simpatía desinteresada por los extraños y pierden el espíritu de camaradería.

Es un tipo de autoridad muy peligroso. Forma egoístas, mentirosos e hipócritas, siendo con harta frecuencia los padres las primeras víctimas de ese egoísmo.

Autoridad de la bondad.– Es la forma de autoridad menos inteligente. El principal recurso para conseguir la obediencia infantil es también el amor, pero con la variante de que no se traduce en besos y efusiones, sino en concesiones, blandura y bondad. El padre o la madre aparecen ante el niño como un ángel tutelar. Son padres admirables, que todo lo permiten y nada escatiman. Temen cualquier conflicto, anteponen a todo la aparente tranquilidad familiar y para conservarla están prontos a cualquier sacrificio. Lógicamente, en tales casos los hijos empiezan pronto a mandar en la familia. La falta de resistencia brinda un amplio campo para sus deseos, caprichos y exigencias, y cuando los padres intentan una reacción ya es tarde, se ha formado una experiencia negativa.

Autoridad de la amistad.– Es común que aun antes del nacimiento de los hijos, los padres se hayan propuesto ser sus amigos. Desde luego que en principio eso está muy bien. El padre y el hijo, la madre y la hija pueden y deben ser amigos, mas ello no debe afectar a las funciones y responsabilidades de cada uno en la sociedad familiar. Cuando la amistad excede los límites normales, la educación cesa y comienza un proceso inverso: los hijos empiezan a educar a los padres. Eso se suele observar con más frecuencia entre los intelectuales. En esas familias los hijos llaman a los padres por sus nombres, se burlan de ellos, los interrumpen groseramente, los aleccionan a

cada paso, y es obvio que no se puede hablar allí de ninguna clase de obediencia. Pero en este caso tampoco hay amistad, pues ninguna amistad es posible sin el respeto mutuo.

Autoridad del soborno.– Es la forma más inmoral: la obediencia se compra con regalos y promesas. Los padres, sin sentir la menor violencia, les dicen al hijo: si obedeces, te compraré un caballito; si obedeces, iremos al circo.

Por cierto que el estímulo traducido en premio es admisible, pero en ningún caso debe recompensarse a los niños por su obediencia, por su actitud correcta hacia los padres. Se puede premiar la aplicación al estudio o el cumplimiento de algún trabajo difícil, pero en ningún caso se debe anunciar la recompensa, ni instigar a los niños a que efectúen sus tareas con semejantes promesas.

Hemos analizado algunos aspectos de falsa autoridad. Hay también muchas otras: la autoridad de la alegría, de la sabiduría, de la "llaneza", de la belleza. Existen también casos en que los padres se despreocupan en general de esta cuestión, carecen de ideas al respecto y arrastran como pueden la carga de la educación de sus hijos. Un día se enojan y los castigan por una nimiedad, al día siguiente les confiesan su amor, más tarde les prometen algo a título de soborno, y luego los castigan de nuevo y les reprochan sus mismas condescendencias. Sus recursos educativos carecen de coherencia y saltan de uno a otro con total incomprensión de lo que hacen.

En otras familias el padre se atiene a un tipo de autoridad y la madre a otro, poniendo a los niños en trance de ser ante todo diplomáticos y aprender a hacer equilibrios entre el papá y la mamá.

Por último, ocurre también que los padres simplemente se despreocupan de los hijos y cuidan únicamente su propia tranquilidad.

¿En qué debe consistir una real autoridad paterna en la familia soviética?

Su principal fundamento reside en la vida y el trabajo

de los padres, en su personalidad cívica y en su conducta. Son los que dirigen a la familia, por la que responden ante la sociedad, ante su propia felicidad y ante los hijos. Si cumplen su misión en forma honesta, racional, si se proponen objetivos importantes y valiosos, si analizan sus propios actos, poseerán una autoridad real evitándose la necesidad de buscar fundamentos y de recurrir a recetas o artificios de cualquier especie.

A cierta altura de su crecimiento, los niños empiezan a interesarse por el trabajo de los padres y por su situación social. Conviene que conozcan cuanto antes sus medios de vida, sus intereses y el ambiente en que actúan. La ocupación de los padres debe revestir ante el hijo el carácter de una cuestión seria y respetable. Sus méritos adquirirán una categoría social, un valor auténtico, no una simple apariencia, y es muy importante que los niños los vean en función de las conquistas y logros generales y no como hechos aislados y personales. Hay que combatir la vanidad en el niño e infundirle un sano orgullo soviético que no se limite exclusivamente al estrecho círculo doméstico, sino que se extienda a todos los prohombres de nuestra patria, de modo que asocie la imagen de sus padres a ese gran conjunto de nuestras personalidades.

Al mismo tiempo se debe tener siempre presente que todo trabajo humano exige esfuerzos y posee dignidad. En ningún caso deben los padres presentarse como personas insuperables en su actividad, y los hijos deben saber apreciar al mismo tiempo los méritos de los demás, particularmente de los compañeros de trabajo de sus padres. La autoridad cívica sólo alcanza una jerarquía real cuando se cimenta en la condición de un miembro activo de la colectividad y no de un advenedizo aparatoso. Si el hijo se siente orgulloso de la fábrica en que trabaja el padre, si le alegran los éxitos de ese establecimiento, será una prueba de que fue educado correctamente.

Sin embargo, los padres no deben limitarse a la actua-

ción dentro del frente restringido de su familia. Nuestra vida es la de una sociedad socialista, y hay que brindar a los hijos el ejemplo de una participación activa en ella. Los éxitos internacionales, el progreso científico y literario, todo debe reflejarse en las ideas del padre, en sus sentimientos, en sus aspiraciones. Unicamente los que vivan la vida con plenitud, los ciudadanos verdaderos de nuestro país, poseerán ante sus hijos una autoridad auténtica. Desde luego que ello no debe hacerse algo así como "exprofeso", para que los hijos vean, para impresionarlos con cualidades aparentes. La insinceridad sería un recurso vicioso. Es necesario vivir esa vida de hecho, sincera y espontáneamente, y no preocuparse por ostentarla ante los niños. Ellos verán por sí mismos lo necesario.

La conjunción de las virtudes del ciudadano y del padre traducidas en el cumplimiento correcto de la tarea paterna es la que nutre las raíces de la autoridad. Ante todo hay que conocer la vida del niño, qué le interesa, cuáles son sus afectos, las cosas que le agradan y desagradan, quiénes forman su círculo de amigos, con quién juega y cuáles son sus juegos predilectos, qué es lo que lee cómo interpreta y asimila lo leido. Si concurre a la escuela, es necesario estar al tanto de todo lo que atañe a su condición de escolar: su comportamiento general, la actitud hacia los maestros, las dificultades con que tropieza, su conducta en la clase. El padre debe conocer todos estos elementos de juicio desde la edad más temprana de su hijo para evitar las ingratas sorpresas de conflictos e inconvenientes insospechados. que son fáciles de prever y prevenir.

Para conocer todas estas modalidades hay que proceder con tino, cuidando de no convertir al niño en objeto de persecución constante, con indagaciones fastidiosas, con una especie de espionaje molesto y perjudicial para ambas partes. Desde el comienzo mismo es necesario plantear las cosas en forma tal que los niños cuenten espontáneamente sus actividades y aspiraciones, que sien-

tan el deseo de compartirlas con los padres. De vez en cuando conviene invitar a sus compañeros y agasajarlos, trabando relaciones con sus familias en la primera oportunidad.

Todo esto no exige mucho tiempo; sólo requiere preocupación por los niños y por su vida.

Los hijos se dan cuenta de la ilustración que posee el padre y de la atención que se les prodiga, y lo respetan por ello.

La autoridad del conocimiento conduce necesariamente a la autoridad de la colaboración. Es frecuente que el niño no sepa cómo proceder en ciertos casos y necesite consejo y ayuda, y aunque no la pida –porque no sabe hacerlo– hay que acudir espontáneamente en su auxilio.

Esa asistencia puede traducirse en un simple consejo, a veces en una broma, otras en una decisión, incluso en una orden. El conocimiento de la vida del niño da la pauta de cómo proceder en la forma más efectiva. Se puede traducir en el hecho de participar en su juego o de relacionarse con sus compañeros, o en el de ir a la escuela para conversar con el maestro. Si en la familia hay varios niños –que es el caso más feliz– pueden participar en esa tarea los hermanos mayores.

La asistencia paterna debe ser discreta y ha de prestarse con oportunidad. En los casos en que ello sea posible, conviene proponer al niño que él mismo allane las dificultades, que se habitúe a superar los obstáculos y resolver los problemas complicados. Pero es necesario observar siempre cómo lo hace para evitar que se desespere por los tropiezos. A veces incluso es útil que el niño vea la diligencia y atención paternas y la confianza que se tiene en sus fuerzas.

La autoridad de la colaboración y de la conducción cuidadosa y atenta se complementa eficazmente con la de la conciencia del propio deber. El niño siente la presencia y la solidaridad del padre, su preocupación racional, la seguridad que le brinda, pero al mismo tiempo sa-

be que algo se exige de él, que no se hacen las cosas por él mismo, eximiéndole de su responsabilidad.

Precisamente la responsabilidad es el complemento obligado de la autoridad paterna. En ningún caso el niño debe pensar que la misión de dirigir la familia es simplemente un placer o una distracción. Ha de saber que el padre responde ante la sociedad por sí y por él, y no se debe mostrar vacilación en manifestarle abiertamente y con firmeza que se halla en la etapa de su formación, que necesita estudiar mucho aún, que debe convertirse en un hombre bueno y en un ciudadano útil, que los padres son responsables de ello y saben cumplir con su deber. En el sentido de la responsabilidad reposan tanto el principio de la colaboración como el de la exigencia. En algunos casos esta última debe plantearse en forma severa, que no admita reparos. Desde luego que eso será provechoso sólo en caso de que el niño haya adquirido ya el concepto de la responsabilidad. Es necesario que sienta desde la más temprana edad que no vive con los padres en una isla deshabitada.

Para finalizar resumiremos brevemente lo dicho.

La autoridad es indispensable en la familia.

Es necesario distinguir la autoridad verdadera de la falsa, basada en principios artificiosos y tendente a crear la obediencia con cualquier medio.

La autoridad real se funda en la actividad cívica del padre, en su sentimiento cívico, en su conocimiento de la vida del niño, en la asistencia que le presta y en la responsabilidad por su educación.

DISCIPLINA

El término disciplina tiene varias acepciones. Para unos significa un conjunto de reglas de conducta. Otros la entienden como una serie de costumbres ya formadas, y los terceros ven en ella solamente la obediencia. Todas estas opiniones se acercan a la verdad en mayor o menor grado, pero para una tarea educativa correcta se requiere tener una idea más precisa sobre el concepto "disciplina".

Se suele decir que un hombre es disciplinado cuando es obediente. Desde luego que en la gran mayoría de los casos se exige de todo hombre el cumplimiento rápido y exacto de las órdenes y decisiones de la superioridad, pero, con todo, en la sociedad soviética la simple obediencia no es signo de una buena disciplina y no puede satisfacernos, y menos aún la obediencia ciega que se exigía habitualmente en la vieja escuela prerrevolucionaria.

Del ciudadano soviético exigimos una disciplina mucho más amplia. Exigimos que no sólo comprenda por qué y para qué debe cumplir una orden, sino que sienta la aspiración activa de cumplirla del mejor modo posible. Le exigimos, además, que esté dispuesto a cumplir con su deber cada minuto de su vida sin esperar resoluciones ni órdenes, que posea iniciativa y voluntad creadora. Al mismo tiempo confiamos que hará sólo aquello que es

realmente útil y necesario para nuestra sociedad, para nuestro país, y que no se detendrá ante ninguna clase de dificultades ni obstáculos. Más aún, le exigimos la capacidad de abstenerse de actitudes o actos que sirven únicamente para proporcionarle provecho o satisfacción personal, pero que pueden ocasionar daños a terceros o a toda la sociedad. Además, le exigimos siempre que no se limite al círculo restringido de su propio trabajo, de su parcela, de su ambiente, de su familia y que sepa ver las necesidades de los que lo rodean, su vida, su conducta; que acuda en su apoyo no solamente con la palabra sino también con los hechos, aunque ello signifique el sacrificio de una parte de su tranquilidad personal. Pero, en cuanto a nuestro enemigos comunes, exigimos de cada hombre una reacción decidida, una vigilancia permanente sin reparar en nungún inconveniente o peligro.

En una palabra, en la sociedad soviética tenemos el derecho de considerar como disciplinado sólo al hombre que siempre y en toda clase de circunstancias sabe elegir la actitud correcta, la más útil para la sociedad, y que posee la firmeza de mantener esa actitud hasta el fin, cualesquiera que sean las dificultades e inconvenientes.

Es obvio que no se puede formar un hombre con semejante disciplina solamente por la obediencia. El ciudadano soviético disciplinado puede ser formado sólo con un conjunto de influencias constructivas, entre las que deben ocupar lugar preferente una educación política amplia, la instrucción general, el libro, el periódico, el trabajo, la actuación social, e incluso algunas que parecen cosas secundarias, como el juego, el esparcimiento, el descanso. Unicamente mediante el conjunto de todas esas influencias puede logarse una educación correcta, la que dará como resultado un auténtico ciudadano disciplinado de la sociedad socialista.

Recomendamos especialmente a los padres recordar siempre este importante principio: "la disciplina no se crea con algunas medidas disciplinarias", sino con todo el sistema educativo, con la organización de toda la vida,

con la suma de todas las influencias que actúan sobre el niño. En este sentido, la disciplina no es una causa, un método, un procedimiento de educación, sino su resultado. La disciplina correcta es el feliz objetivo al que el educador debe tender con todas sus energías, valiéndose de todos los medios que estén a su alcance. Por ello, cada padre debe saber que dar a los hijos un libro, relacionarlos con nuevos camaradas, platicar con ellos sobre la situación internacional, los problemas de su fábrica o sobre sus éxitos stajanovistas*, junto con otros propósitos, tiende también a la disciplina.

De suerte que consideraremos como disciplina el resultado general de toda labor educativa.

Pero existe también un sector más limitado en la tarea educativa que se vincula más de cerca con la formación de la disciplina y que con frecuencia se confunde con ella: es el régimen. Si la disciplina es el resultado de toda la labor educativa, el régimen es sólo un medio, un procedimiento educativo. Las diferencias entre régimen y disciplina son importantes, y los padres deben saber distinguirlas con claridad. La disciplina, por ejemplo, pertenece a la clase de fenómenos de los que exigimos siempre perfección. Aspiramos siempre a que en nuestra familia y en nuestro trabajo haya la mejor y más severa disciplina. Y no puede ser de otra manera: la disciplina es un resultado, y nosotros nos hemos acostumbrado a luchar en toda empresa por los mejores resultados. Es muy difícil imaginar que alguien diga: "Nuestra disciplina llega sólo hasta aquí, pero no necesitamos otra mejor...".

---

* Stajanovismo: Movimiento que propugnaba un nuevo sistema de trabajo con el fin de desarrollar una mayor productividad, tratando de apoyarse en la iniciativa y el entusiasmo de los obreros. Toma su nombre del minero A. G. Stajanov, y fue ampliamente extendido en la URSS desde 1935.

Actualmente, cuando una gran parte del movimiento comunista internacional ha criticado fuertemente el proceso de construcción del socialismo seguido en la URSS, el stajanovismo, a pesar de sus posibles virtudes pedagógicas, es igualmente cuestionado.

Un sujeto así o es un estúpido, o un verdadero enemigo. Todo hombre normal debe tender a la mejor disciplina, o sea, al resultado más fecundo.

Otra cosa muy distinta es el régimen. Como ya lo hemos dicho, es sólo un medio, y sabemos que todo medio —en cualquier esfera de la vida— debe emplearse solamente cuando corresponde al objetivo, cuando es adecuado. Por ello podemos concebir una disciplina y considerarla como la mejor, pero no ocurre lo mismo con el régimen. Un régimen determinado puede ser conveniente en ciertos casos y no serlo en otros.

El régimen familiar no puede ni debe ser el mismo si median condiciones distintas. La edad de los niños, sus aptitudes, el ambiente, la vecindad, las dimensiones de la vivienda, sus comodidades, el camino a la escuela, la animación de las calles y otras muchas circunstancias determina y cambian el carácter del régimen. El de una familia numerosa debe ser distinto al que rige en el caso del hijo único. Uno apropiado para niños menores puede resultar dañino si se aplica a otros mayores. Del mismo modo el régimen para niñas debe tener características propias, especialmente en la adolescencia y la juventud.

De suerte que no se debe considerar el régimen como algo permanente, inamovible. Se incurre en error al creer religiosamente en la infalibilidad del régimen adoptado y cuidar su inviolabilidad en detrimento de los intereses de todos, niños y padres. Un régimen inmutable se convierte pronto en un recurso atrofiado, inútil e incluso perjudicial.

El régimen no puede ser permanente por cuanto es sólo un medio educativo. Cada educación persigue determinados objetivos, sometidos a un proceso de cambio constante y de complejidad creciente. En la primera infancia, por ejemplo, tiene mucha importancia el problema de habituar al niño a la limpieza. Con ese fin se establece un régimen especial, o sea, reglas para el lavado, utilización de la bañera o ducha, arreglo del cuarto de baño, limpie-

za de la habitación, de la cama, de la mesa.

Este régimen debe mantenerse con regularidad; los padres han de tenerlo presente y cuidar su cumplimiento, colaborando con los niños cuando no pueden hacer algo por sí mismos, y exigir que lo hagan bien. Cuando las cosas se organizan con precisión resulta muy provechoso; así se llega a un momento en que se ha formado la costumbre de la limpieza, en que el niño mismo ya se siente inhibido de sentarse a la mesa con las manos sucias. Cuando el objetivo se ha logrado, el régimen que sirvió para ello pierde su razón de ser. Desde luego que no se puede cambiar en un día. Hay que reemplazarlo gradualmente por otro, cuyo objeto sea fijar la costumbre ya formada, y una vez que esto se haya logrado se plantearán nuevos objetivos, más complicados y más importantes. Si se insistiera solamente en la limpieza habría un gasto supérfluo de energía paterna, con el resultado negativo de formar personas que fuera de la costumbre de la limpieza carecen de espíritu, capaces sólo de realizar un trabajo siempre que no tengan que ensuciarse las manos.

En este ejemplo vemos que la eficiencia de un régimen está en relación con una etapa determinada de la educación, con su objetivo; es un fenómeno transitorio, cosa que por otra parte ocurre con todo medio, y el régimen no es más que un medio.

En consecuencia, no se puede recomendar para todos los casos el mismo régimen. Existen muchos, y es menester escoger el más adecuado a cada caso.

No obstante la variedad de los regímenes posibles, es necesario dejar establecido que cualquiera que sea el elegido debe poseer siempre en la familia soviética determinadas cualidades, obligatorias en todas las circunstancias.

En primer término, es necesario que concuerde con el objetivo. Toda norma de vida implantada en la familia debe serlo no porque así lo haya hecho otro, o porque hace la vida más agradable, sino exclusivamente porque es el medio más apropiado al logro del objetivo propues-

to. Es esencial que ese objetivo sea bien definido, y, en la gran mayoría de los casos, conocido por los niños. El régimen tendrá siempre un fundamento racional accesible a la comprensión de los niños. Si se les exige que acudan al almuerzo a determinada hora y se sienten a la mesa al mismo tiempo que los demás, se les hará comprender que ello es necesario para aliviar a la madre en el trabajo doméstico, como también para que toda la familia tenga la posibilidad de reunirse varias veces en el día, sentir su unidad y compartir ideas y sentimientos. Si se les exige que no desperdicien comida, será en base a la comprensión del respeto que se debe tanto al trabajo de los que producen artículos alimenticios y al trabajo de los padres, como por razones de economía familiar.

Una costumbre relativamente frecuente es la de exigirles silencio en la mesa, sin que padres ni hijos sepan cuál es su finalidad. Comúnmente se la justifica con el peregrino argumento de que si se habla mientras se come existe el peligro de atragantarse. Esto carece de sentido, todo el mundo acostumbra a conversar durante la comida sin que se produzcan accidentes.

Al recomendar a los padres que procuren que el régimen sea racional y adecuado al objetivo, debemos advertirles al mismo tiempo que no es conveniente explicar a los niños a cada paso el valor de las reglas, las explicaciones continuas son fastidiosas. Por otra parte, se debe tender, dentro de lo posible, a que ellos mismos comprendan en qué estriba su necesidad. Sólo en determinados casos conviene una aclaración y, mejor aún, la sugerencia de la idea correcta. En general, hay que tender a que el niño adquiera buenas costumbres y las estabilice mediante la ejercitación constante en la actitud correcta. Los continuos razonamientos y peroratas pueden malograr cualquier buena experiencia.

La segunda propiedad importante de un régimen es su constancia. Si es necesario limpiarse los dientes hoy, también lo será mañana; lo mismo respecto al arreglo de la cama, etc. Hay que evitar que la madre exija un día el

arreglo de la cama y que al siguiente lo haga ella misma. Semejante inconstancia priva al régimen de todo valor y lo convierte en un conjunto de disposiciones casuales, carentes de conexión mutua. Un régimen correcto debe caracterizarse por su constancia y precisión y por no admitir excepciones, salvo en el caso en que sean realmente necesarias y provocadas por circunstancias importantes. Como norma, pues, en cada familia debe regir un orden tal que sea obligatorio señalar la menor infracción del régimen. Esto se debe cumplir desde la más temprana edad, y cuanto más severos sean los padres en exigir su cumplimiento, tanto menos infracciones habrá, y, en consecuencia, se evitará la necesidad de recurrir a castigos.

Llamamos especialmente la atención de los padres sobre la siguiente circunstancia. Algunos, erróneamente, razonan así: "el chico no arregló su cama esta mañana, ¿vale la pena hacer por ello un escándalo? En primer término, esto ocurre por primera vez y, por otra parte, el asunto carece de importancia y no merece la pena alterar sus nervios por eso". Semejante razonamiento es incorrecto. En materia de educación no hay pequeñeces. La cama sin arreglar no significa solamente un comienzo de desaseo, sino también una despreocupación por el régimen establecido, el principio de una experiencia que más tarde podrá adoptar la forma de una hostilidad directa hacia los padres.

La constancia del régimen, su exactitud y obligatoriedad no pueden subsistir si los padres mismos no le atribuyen importancia y, mientras exigen su cumplimiento a los hijos, viven en forma desordenada, sin someterse a norma alguna. Es natural que el régimen de los padres sea distinto del de los niños, pero las diferencias no son de principio. Si se exige a los niños que no lean libros durante la comida, tampoco deben hacerlo los padres. Al insistir a los niños que se laven las manos antes de comer, hay que darles ejemplo. Lo mismo en cuanto al arreglo de la cama, que no es tarea difícil ni deshonrosa. Todos estos detalles tienen más valor de lo que habitualmente

se cree.

El régimen familiar debe contener normas para las siguientes situaciones: la hora exacta de levantarse y acostarse, tanto en los días de trabajo como de descanso; aseo y conservación de la limpieza, plazos y reglas del cambio de ropa, de los trajes, su uso y limpieza; que todas las cosas tengan su lugar y quede todo en orden después del trabajo o del juego. Desde la más temprana edad los niños aprenderán a usar el tocador, el lavabo, la bañera; a cuidar la luz eléctrica, encendiéndola y apagándola cuando sea necesario. Para la mesa habrá un régimen especial. El niño debe acudir a tiempo, conocer su lugar, conducirse correctamente, usar tenedor y cuchillo, no manchar el mantel, no tirar trozos sobre la mesa, consumir todo lo que tiene en el plato y para ello no pedir exceso de alimento.

La distribución del tiempo laborable del niño debe someterse a un régimen estricto, cosa muy importante cuando empieza a concurrir a la escuela. Pero ya con anterioridad es aconsejable una exacta distribución del tiempo para la comida, juego, paseo, etc.

Es necesario dedicar mucha atención al movimiento de los niños. Hay quien cree que necesitan correr mucho, gritar y, en general, manifestar su energía en forma turbulenta. No cabe duda de que la necesidad de moverse es mayor en los niños que en los adultos, pero tiene su límite y debe encuadrarse en ciertos principios. Es necesario formar en los niños la costumbre de moverse con una finalidad y la capacidad de moderarse en caso de necesidad. Las carreras y saltos en la habitación no son admisibles, para ello están el patio y el jardín, que son más adecuados. Del mismo modo es necesario habituar a los niños a que sepan moderar su voz: el grito, el chillido, el llanto fuerte, son todos fenómenos del mismo orden, más que una necesidad real denuncian un estado nervioso enfermizo. Los padres suelen ser los responsables de la estridencia de los hijos. No es raro que ellos mismos griten y actúen con nerviosismo en vez de introducir en la

atmósfera familiar un tono de tranquilidad.

El régimen interno de la familia dentro de la vivienda, a diferencia de lo que ocurre con el régimen externo, depende por entero de los padres. El niño pasa cierta parte de su tiempo con sus compañeros fuera de su casa: en los paseos, plazas, pistas de patinaje o en la calle. Con el transcurso de la edad la compañía de los amigos tiene un papel cada vez mayor. Desde luego que los padres no pueden asumir la dirección de esas influencias, pero tienen la posibilidad de controlarlas, lo que e la mayoría de los casos es suficiente cuando en la familia se formó una experiencia sana de la vida de relación, de la confianza mutua y de la veracidad, y se cimentó correctamente la autoridad paterna. Para ejercer ese control y tener la posibilidad de orientar en cierta medida la influencia del ambiente, los padres necesitan en primer término conocerlo. Muchos casos de mala conducta y con más razón de desviaciones serias no sucederían si los padres conocieran más de cerca a los compañeros del hijo, a los padres de esos compañeros; si supieran en qué consisten sus juegos –participando en ellos–, los acompañaran en los paseos, al cine, al circo, etc. Semejante acercamiento activo de los padres a la vida de los hijos no es una tarea difícil y comúnmente proporciona satisfacciones. Permite conocer más de cerca la esencia de esa vida de relación y facilita la colaboración recíproca. Además –y éste es su efecto más fecundo– brinda a los padres la posibilidad de compartir las impresiones de los hijos y, en tales ocasiones, exponerles su opinión sobre los compañeros, su conducta, la apreciación de sus actitudes y la utilidad o perjuicio de algunos entretenimientos.

Tal es la metodología general de la organización del régimen familiar. Ateniéndose a estas orientaciones generales, todo padre puede estructurar la vida familiar del modo que mejor concuerde con sus peculiaridades. Uno de los problemas más importantes del régimen es el de las normas que rigen las relaciones entre padres e hijos. Abundan en este sentido toda suerte de exageraciones y

desviaciones que perjudican mucho a la educación. Algunos abusan de las exhortaciones, otros de las charlas explicativas, los terceros de las caricias, otros de las órdenes, de los estímulos, castigos, concesiones, dureza. Es lógico que en el transcurso de la vida familiar ocurran casos en que sea oportuna la caricia, la charla, la firmeza y también la concesión; pero tratándose del régimen, todas estas modalidades deben ceder ante la más importante, que es la única y la mejor: el orden.

La familia es una institución muy importante y comporta para el hombre una gran responsabilidad. Ella brinda plenitud a la vida y proporciona felicidad, pero ante todo –especialmente en la sociedad socialista– es una institución que tiene importancia estatal. Por eso el régimen familiar debe estructurarse, desarrollarse y actuar esencialmente como una institución práctica. Los padres no deben temer el uso de un tono serio, creyendo que está en contradicción con su afecto o que puede ocasionar frialdad en las relaciones. Afirmamos que solamente un tono formal, serio, auténtico, puede crear en la familia la atmósfera tranquila necesaria para una educación correcta de sus miembros.

Las órdenes deben ser impartidas en un tono tranquilo, equilibrado, afable, pero siempre decidido, los niños deben acostumbrarse desde la más temprana edad a ese tono, a someterse a la orden y cumplirla con voluntad. Se puede ser con el niño todo lo cariñoso que se quiera, bromear y jugar con él, pero cuando surge una necesidad es menester adoptar las decisiones con prontitud y transmitirlas brevemente con una actitud y tono tales que no quepa duda acerca de su corrección y de la necesidad de cumplirlas.

Ello debe hacerse desde que el primer hijo tenga de uno y medio a dos años. No es un asunto difícil. Hay que tener cuidado solamente de que la orden satisfaga los siguientes requisitos:

1. No debe impartirse con hosquedad, gritos ni irritación, sin que tampoco parezca un ruego.

2. Su cumplimiento debe estar al alcance de las posibilidades del niño; no exigirle un esfuerzo excesivo.

3. Debe ser racional, o sea, no contradecir al buen sentido.

4. No debe contradecir otra orden del padre, o de la madre.

Una vez impartida, la orden debe ser cumplida. Es muy perjudicial que los padres mismos la olviden. En los problemas familiares, al igual que en otros cualesquiera, es necesario un control y verificación constantes. Por cierto que conviene que ese control pase inadvertido para el niño, que no debe dudar de que la orden debe ser cumplida. Sin embargo, cuando se le encarga una tarea complicada, en la que tiene gran importancia la calidad del cumplimiento, cabe también el control visible.

¿Cómo proceder cuando el niño no cumple la orden? Ante todo, hay que procurar que eso no ocurra, pero una vez sucedido hay que repetirla, pero ya en un tono más frío, más serio, aproximadamente así: "Te dije que lo hicieras así y no lo hiciste. Hazlo de inmediato y que esto no se repita".

Al reiterar la orden y procurar que se cumpla ineludiblemente, es necesario al mismo tiempo meditar en la causa de esa resistencia. Con toda seguridad se va a encontrar que hubo culpa paterna, algo hecho incorrectamente, alguna omisión. Ese análisis contribuirá a evitar semejantes errores.

Lo más importante en este asunto es cuidar de que los niños no adquieran el hábito de la desobediencia y que no se viole el régimen familiar. Sería nocivo admitir experiencias de esta clase y permitir a los niños que encaren las órdenes paternas como algo desprovisto de obligatoriedad.

Si se procede correctamente desde el comienzo mismo, no habrá necesidad de recurrir a los castigos.

Cuando el régimen se cumple desde el principio y los padres vigilan atentamente su desarrollo, los castigos no son necesarios. En una familia bien organizada no apare-

cen motivos para ampliar castigos, lo que constituye el mejor método de educación familiar.

En los casos en que la educación ha sido tan descuidada que los castigos se hacen inevitables, los padres por lo común los utilizan en forma muy inhábil, con el lamentable resultado de que en vez de corregir las cosas las empeoran.

El castigo es un recurso muy difícil, exige del educador mucho tacto y sumo cuidado; por ello recomendamos a los padres que lo eviten en lo posible y se empeñen fundamentalmente en instituir un régimen correcto. Cualquiera que sea el tiempo que ello demande, hay que hacerlo y esperar pacientemente los resultados, que compensarán los esfuerzos realizados.

En el caso más extremo se pueden admitir ciertos castigos, como el de privar al niño de una satisfacción o esparcimiento (suspender una ida al cine o al circo); retener el dinero que se le da para sus pequeños gastos; suspender las visitas a los compañeros, etc.

Una vez más llamamos la atención de los padres sobre el hecho de que los castigos no dan buenos resultados si no existe un régimen correcto, y en cambio, cuando sí existe, se los puede evitar perfectamente con sólo tener más paciencia. De cualquier manera, es mucho más importante implantar en la vida familiar una experiencia correcta que corregir una incorrecta.

Del mismo modo hay que ser cuidadoso con los estímulos. Nunca se deben enunciar premios por adelantado. Es mejor limitarse al elogio y a la aprobación. Los niños deben saber que la alegría, el placer y la diversión no son recompensas por sus buenas acciones, sino que constituyen una satisfacción de necesidades normales. Hay que dar siempre al niño lo que le es indispensable, independientemente de sus méritos, y no darle nunca a título de recompensa lo que no necesita o le es perjudicial.

Resumamos lo dicho.

La disciplina y el régimen son dos cosas distintas. La primera es el resultado de la educación, el segundo es un

medio para realizarla. Por eso el carácter del régimen varía en relación con las circunstancias y debe ser preciso, exacto y concordante con los objetivos que se persiguen. Abarca tanto la vida interna de la familia como la externa. En la organización familiar se manifiesta en forma de resoluciones y en el control de su cumplimiento. Su principal objetivo consiste en la acumulación de una experiencia disciplinaria correcta, debiendo evitarse celosamente toda experiencia incorrecta. En un régimen correcto no son necesarios los castigos, cuyo uso debe ser evitado, en general, al igual que el recurso de los estímulos supérfluos. Es mejor confiar en todos los casos en el régimen correcto y esperar pacientemente sus resultados.

EL JUEGO

La importancia del juego en la vida del niño es análoga a la que tiene la actividad, el trabajo o el empleo para el adulto. La actuación del hombre en sus distintas actividades refleja mucho la manera en que se ha comportado en los juegos durante la infancia. De ahí que la educación del futuro ciudadano se desarrolle ante todo en el juego. Toda la historia de un hombre en las diversas manifestaciones de su acción puede ser representada por el desarrollo del juego en la infancia y en su tránsito gradual hacia el trabajo. Esa transición es muy lenta.

En la más tierna edad la actividad fundamental del niño consiste en jugar, sus posibilidades de trabajo son insignificantes y no rebasan los límites del más simple autoservicio; aprende a comer solo, a taparse con la manta, a ponerse su ropa. Pero incluso eso lo hace jugando. En una familia bien organizada estas tareas se vuelven gradualmente más complejas, se le encargan al niño trabajos cada vez más difíciles, empezando por los que atañen a su autoservicio, para seguir más tarde con tareas familiares; pero, con todo, en este período el juego constituye la principal actividad del niño, la que más lo atrae y absorbe su interés.

En la edad escolar el trabajo ocupa ya un lugar más importante y reviste más responsabilidad, se trata de un

trabajo que se aproxima a la actividad social y que está vinculado con conceptos definidos y claros acerca de la vida futura del niño. Pero en esta etapa el juego le apasiona mucho todavía y sufre serios conflictos cuando siente la tentación de abandonar el trabajo para jugar. Esto ocurre generalmente cuando se han cometido errores en la educación del niño en lo relativo al juego y al trabajo.

De ahí se hace envidente la gran importancia de dirigir con acierto el juego infantil. En la vida real encontramos muchos adultos que terminaron la escuela hace mucho y en los que la pasión del juego predomina sobre el amor al trabajo. En esta categoría debemos clasificar a los que anteponen el placer a su ocupación y que olvidan sus obligaciones por una alegre compañía. La misma clasificiación corresponde a los que hacen de todo una farsa, adoptan poses de importantes, encaran las cosas con frivolidad y mienten sin ningún objeto. Trasladan a la vida del adulto la estructura de los juegos infantiles a causa de que las condiciones del juego durante su infancia no fueron transformadas en condiciones de trabajo. Evidentemente hubo mala educación a consecuencia de una organización deficiente del juego.

Desde luego que todo lo dicho no significa que sea necesario desvincular cuanto antes al niño del juego para pasarlo a los esfuerzos y a la preocupación del trabajo. Un tránsito brusco o prematuro no es provechoso, ocasiona violencia al niño y provoca más bien la repulsión por el trabajo y la intensificación del deseo de jugar.

Para educar al futuro hombre de acción no se debe eliminar el juego, sino organizarlo en tal forma que, sin desvirtuar su carácter, contribuya a educar las cualidades del futuro trabajador y ciudadano.

Para que el juego resulte educativo es necesario que los padres conozcan bien en qué consiste y en qué se diferencia del trabajo. Si no se tiene un concepto claro sobre este punto y no se analiza suficientemente no se podrá dirigir al niño con acierto y se incurrirá en errores,

con los consiguientes efectos negativos desde el punto de vista educativo.

En primer término debemos decir que la diferencia entre el juego y el trabajo no es tan grande como muchos piensan. Un buen juego se parece a un buen trabajo, y viceversa. Esa semejanza es muy grande, al punto que podemos afirmar que un mal trabajo se parece más a un mal juego que a un buen trabajo.

En todo buen juego existen esfuerzos físicos y mentales. Si se obsequia a un niño con un ratón mecánico y se limita a observarlo pasivamente todo el día divirtiéndose porque el padre le da cuerda para hacerlo funcionar, no habrá allí nada constructivo. El niño permanece inactivo, pues su participación se reduce a mirar. Si todos sus juegos son de esa índole se convertirá en un hombre pasivo, habituado a mirar el trabajo ajeno, carente de iniciativa, falto de la costumbre de crear, de vencer dificultades. El juego desprovisto de esfuerzo y de actividad creadora produce efectos negativos. Como se ve, en este sentido se parece mucho al trabajo.

El juego proporciona al niño alegría, la alegría de la creación, del triunfo, o del placer estético, de la calidad. Una alegría análoga brinda también un buen trabajo. En eso consiste la similitud entre el juego y el trabajo.

Algunos piensan que estas dos actividades se diferencian en que el trabajo implica responsabilidad y el juego no. Es un error: en ambos existe la misma responsabilidad, siempre que se trate de un juego correcto, adecuado, punto que trataremos más adelante en forma detallada.

¿En qué se distingue, pues, el juego del trabajo? La principal diferencia estriba en que mientras el trabajo traduce la participación del hombre en la producción social, en la creación de valores materiales o culturales —vale decir, sociales— el juego no persigue fines de esta índole, no tiene relación directa con objetivos sociales, pero se vincula con ellos en forma indirecta al habituar al hombre a los esfuerzos físicos y psíquicos necesarios pa-

ra el trabajo.

Ahora se hace evidente qué debemos exigir de los padres en materia de dirección del juego infantil. Primero cuidar de que no se convierta en la única aspiración del niño, que no lo desvincule totalmente de los fines sociales. Segundo, que se formen los hábitos físicos y psíquicos requeridos por el trabajo.

El primer objetivo se logra, como ya dijimos, introduciendo al niño en forma gradual en el campo de trabajo, que debe reemplazar lenta pero indefectiblemente al juego. El segundo se consigue mediante la elección acertada del juego, su conducción correcta y la colaboración con el niño.

En esta conferencia sólo nos referiremos al segundo objetivo. El problema de la educación en el trabajo lo trataremos en otra.

Los errores en que comúnmente incurren los padres en materia de dirección del juego infantil suelen adoptar tres formas. Algunos simplemente se despreocupan del asunto porque piensan que sus hijos saben desenvolverse bien solos. Los niños juegan cuando y como quieren, eligen solos sus juguetes y organizan por sí mismos sus juegos. Otros padres en cambio les dedican una atención excesiva, se entrometen siempre en el juego, explican, muestran, plantean problemas y se anticipan a resolverlos sin dar intervención al niño, al que olvidan, divirtiéndose ellos mismos. Al niño no le queda otra cosa que escucharlos e imitarlos, así en realidad juegan más los padres que el niño. Cuando este último tropieza con alguna dificultad para hacer algo, el padre o la madre se sientan con él diciéndole: –Tú no lo sabes hacer, mira cómo debe hacerse.

Si el niño hace recortes de papel, el padre o la madre, después de observar un poco sus esfuerzos, le quitan la tijera y dicen: –Deja, yo voy a recortar. ¿Ves qué bien salió?

El niño mira y observa que, en efecto, el padre lo hizo mejor. Le alcanza otra hoja, pidiéndole que le recorte al-

guna otra cosa, y el padre lo hace gustoso, satisfecho de su éxito. En estos casos, los niños se limitan a imitar lo que hacen los padres sin adquirir el hábito de superar dificultades ni de mejorar por el propio esfuerzo la calidad de su trabajo, y se acostumbran desde temprano a la idea de que sólo los adultos son capaces de hacer todo bien. En esos niños se desarrolla la falta de confianza en sus propios medios y el temor al fracaso.

Otros padres consideran esencial que haya juguetes y abarrotan a los niños en tal forma con ellos que el rincón infantil parece una juguetería. Comúnmente esos padres gustan mucho de los juguetes mecánicos ingeniosos y atiborran con ellos la vida de su hijo. En esta forma —en el mejor de los casos— lo convierten en un coleccionista de juguetes, y en el peor —que es el más frecuente— el niño pasa sin ningún interés de un juguete a otro, los estropea y rompe y exige otros sin sentir la menor atracción por ninguno.

Para que el juego sea educativo es menester que los padres lo dirijan en forma cuidadosa y meditada.

El desarrollo del juego infantil atraviesa varios estadios, cada uno de los cuales exige un método distinto. El primero es el del juego en la habitación, la etapa del juguete, y dura hasta los cinco o seis años. Su característica consiste en que el niño prefiere jugar solo y raras veces admite la participación de compañeros, se encariña con sus juguetes y juega con desgana con juguetes ajenos. Esta tendencia a jugar solo no implica riesgo alguno de que se convierta en egoísta. Es la etapa de la ejercitación sensorial y del desarrollo de las aptitudes personales. De suerte que es necesario brindarle la posibilidad de que lo haga, cuidando al mismo tiempo que esa etapa no se prolongue en exceso y que a su debido tiempo pase a la segunda.

La preferencia por el juego solitario evoluciona en un momento dado hacia el interés por la compañía y el juego colectivo. Este proceso de transformación se opera con ciertas dificultades, y conviene ayudar al niño a que

lo realice con el mayor provecho y que la ampliación del círculo de compañeros se produzca en la forma más beneficiosa posible. Es muy ventajoso que en el conjunto infantil haya un niño algo mayor, que goce de autoridad entre los restantes y actúe como organizador de los menores. Por lo común durante este tránsito surge un gran interés por los juegos al aire libre.

El segundo estadio es de dirección más difícil, por cuanto los niños actúan en un ambiente social más amplio, donde los padres no los ven. Se prolonga hasta los once o doce años, abarcando parte de la escolaridad. En la primera parte de esa etapa el niño actúa ya como miembro de una sociedad, pero de una sociedad aún infantil, que carece de una disciplina severa y de control social.

Más adelante la escuela brinda una mayor compañía, un círculo de intereses más amplio y un escenario de acción más difícil, en particular para la actividad lúdica pero, en cambio, aporta una organización ya preparada y un régimen más definido y –lo que es más importante– la asistencia de profesionales especializados. Existe en ella una disciplina severamente configurada y control social, y es donde se opera el tránsito al tercer estadio.

En este último el niño actúa como miembro de una colectividad, no limitada ya solamente al juego, sino de una colectividad de trabajo y de estudio. De ahí que en esta edad el juego adquiera formas colectivas más acentuadas y gradualmente se convierta en deporte, es decir, se vincula con determinados fines de cultura física, con normas y –lo que es más esencial– con conceptos de interés y disciplina colectivos.

La influencia paterna tiene un gran valor en los tres estadios, pero es fundamental en el primero, ya que en su transcurso el niño actúa casi exclusivamente en la órbita familiar, está al margen de las influencias exteriores y no tiene otros conductores que los padres. Pero también en los otros estadios la influencia paterna puede ser grande y útil.

En el primero, el centro material del juego lo constituyen los juguetes, que pueden ser de distintos tipos, como el juguete terminado, mecánico o simple: automóviles, barcos, caballitos, muñecas, ratones, polichinelas, etc.

El juguete no terminado exige del niño una tarea: estampas con preguntas, rompecabezas, cubitos, cajas de construcción, modelos de desarme.

Juguete-material: arcilla, arena, cartón, mica, madera, papel, plantas, alambre, clavos.

Cada uno de estos tipos tiene sus ventajas e inconvenientes. El juguete terminado es provechoso porque relaciona al niño con ideas y cosas compuestas, lo coloca frente a problemas de técnica y de economía y provoca una amplia actividad de la imaginación. El barco lo incita hacia un determinado medio de transporte; el caballo sugiere ideas sobre la vida del animal y preocupación por su alimentación y usos. Hay que cuidar de que el niño repare en los aspectos sugestivos del juguete y que no se distraiga solamente con uno de ellos, por ejemplo, con su carácter mecánico y su facilidad para el juego.

Los juguetes mecánicos son útiles sólo cuando el niño juega realmente con ellos y no se limita a mirar simplemente sus movimientos. Sus beneficios están en relación con la inventiva que pone en acción el niño al organizar entretenimientos cada vez más complicados. Los automóviles deben transportar alguna carga; el polichinela debe viajar y hacer algo; las muñecas deben dormir y despertarse, vestirse y desvestirse, hacer visitas y realizar algún trabajo útil en el mundo del juego. Estos juguetes brindan un amplio campo para la fantasía infantil, y cuanto más amplia y seriamente se desenvuelve esta facultad mental, tanto mejor. Si se traslada al osito de un lugar a otro sin ninguna finalidad, no es un juego útil. Pero si vive en un lugar determinado, arreglado especialmente para él, si infunde temor a alguien o mantiene amistad con otro, será un juego provechoso.

El segundo tipo de juguete es útil porque plantea al

niño un problema cuya solución requiere cierto esfuerzo, sin el cual aquél no se le plantearía. En este caso ya se requiere cierta disciplina mental, lógica; un concepto sobre la relación entre las partes y no una simple fantasía libre. El inconveniente de estos juguetes consiste en que los problemas que plantean son siempre los mismos, cuya repetición es fastidiosa.

Los juguetes de tercera clase –diversos materiales– son los más baratos y útiles. El juego con ellos se asemeja más a la actividad humana normal: el hombre crea valores y cultura con materiales. Si el niño sabe valerse de ellos, revela que ya posee una capacidad de juego elevada y que está engendrando una gran capacidad de trabajo.

Al mismo tiempo de poseer mucho realismo el juguete-material brinda un amplio campo para la imaginación creadora, que es justamente la que impulsa el trabajo creador, a diferencia de la simple fantasía, que se limita a reproducir modelos. Con un pedazo de vidrio o mica se puede hacer una ventana, pero para ello se necesita un marco: de ahí surge el problema de la construcción de una casa. Si se tiene arcilla y tallos de plantas, se plantea el problema de un jardín.

¿Cuál es el mejor tipo de juguete? Consideramos que lo más apropiado es combinar los tres, evitando siempre que la cantidad sea excesiva. Con uno o dos mecánicos es suficiente. Agrégueseles un juguete desarmable y toda clase de materiales y el reino del juego queda organizado. La superabundancia es perjudicial porque dispersa la atención del niño, que se pierde en un maremagnum de jueguetes. Hay que proporcionarle más bien pocos y procurar que organice con esos elementos su juego. Luego conviene observarlo y hacer lo necesario para que perciba por sí mismo los defectos y sienta el deseo de subsanarlos. Si se le da un caballito y éste le sugirió el problema del transporte, será natural que sienta la falta de un carrito. En este caso hay que tratar de que él mismo lo confeccione con algunas cajitas, carretes o cartón. Si se consigue hacerlo, perfecto, el objetivo está logrado. Pero

si necesita varios carritos y no alcanzan los que haya armado, no conviene constreñirlo a que los haga y es necesario proporcionárselos.

Los más importante en este juego es lograr lo siguiente:

1. Que el niño juegue realmente; que componga, construya, combine.

2. Que no empiece una tarea hasta no terminar con la anterior; que lleve su actividad hasta el fin.

3. Que en cada juguete vea un valor definido, necesario para el futuro; que lo cuide y lo guarde. En el reino de los juguetes debe imperar siempre un orden completo y hacerse los arreglos correspondientes. No se debe destruir el juguete en caso de deterioro, sino repararlo; si ello es difícil para el niño, hay que prestarle colaboración.

Los padres deben dedicar una atención especial a la actitud del niño hacia el juguete. Hay que inculcarle cariño por él, pero sin que sufra interminablemente si se produce un desperfecto o se rompe. Esta reacción se logra cuando el niño adquiere cierta suficiencia y se acostumbra a considerarse como un buen ecónomo; entonces teme los deterioros y se siente capaz de repararlos. Los padres deben acudir a en su ayuda en caso de necesidad para evitar que se desespere y demostrarle que el trabajo y el ingenio humano son capaces de componer cualquier situación. De ahí que les recomendemos que adopten siempre las medidas para la reparación del juguete roto y que no lo tiren antes de tiempo.

Durante el proceso del juego, el niño debe gozar de plena libertad de acción mientras las cosas se desenvuelven normalmente. Cuando aparece alguna dificultad o el juego se desarrolla sin interés, la colaboración puede traducirse ya en una sugerencia, o en el planteo de algún problema interesante, ya agregando un elemento nuevo o también, si cuadra, participando en el juego.

Esos son los aspectos generales del método en el primer estadio.

En el segundo es primordial que los padres presten

una atención celosa y permanente a todas las actividades e intereses del niño. Cuando sale y se encuentra con compañeros, conviene informarse bien de quiénes se trata. Es necesario conocer las inclinaciones de sus distintos compañeros, qué es lo que poseen, qué cosas les faltan y qué puede haber de malo en sus juegos. Ocurre con frecuencia que la atención y la iniciativa de un padre o de una madre contribuyen a mejorar la vida de todo un grupo infantil. Es común que los niños gusten en invierno deslizarse por un montón de residuos congelados como si fuera una ladera. En tal caso conviene ponerse en contacto con los otros padres para hacer una pista y ayudar a los muchachos a que la hagan. Al proveer a un niño de un sencillo trineo de madera de confección doméstica, no tardarán en aparecer entre los otros muchachos trineos análogos.

En esta etapa es muy importante y útil que los padres se relacionen entre sí, cosa que, desgraciadamente, es poco frecuente. Hay padres que están descontentos con la actuación de sus hijos fuera de la casa, pero no se toman el trabajo de conversar con los de sus compañeros para programar juntos algo para mejorar las cosas, cuando en realidad ello no es difícil. Como a esa altura de su crecimiento los niños se organizan en una especie de colectividad, será muy útil que sus padres los orienten en forma también organizada.

Suele ocurrir con frecuencia en este estadio que los niños discutan, riñan y se quejen unos de otros. En tal caso el padre que se pone de parte de su hijo y disputa con los padres de otro comete un error. Si el niño vino llorando, se siente ofendido, o sufre, y está irritado, el padre no debe excitarse y reñir con el presunto ofensor y con sus padres. Ante todo debe interrogar tranquilamente a su hijo y tratar de reconstruir el cuadro exacto de lo sucedido. Es raro que sea culpable sólo una parte. Lo más probable es que el ofendido también se haya apasionado, es entonces el momento oportuno para explicarle que en el juego hay que ser tolerante y que se de-

ben buscar en lo posible soluciones pacíficas a los conflictos. Procúrese entonces reconciliarlo con su rival, al que se invitará a la casa, trabando luego relación con sus padres para aclarar la situación. En este asunto lo más importante es que no se tenga en cuenta exclusivamente al propio hijo, sino a todo el grupo y educarlo conjunta y solidariamente con los demás padres. Este será el proceder más fecundo desde el punto de vista educativo. El niño advertirá que el padre no se deja influir por la parcialidad familiar, que actúa con criterio social, y verá en ello un ejemplo para su propia conducta. No hay nada más dañino que la agresividad de los padres hacia los vecinos, es un factor que forma en el niño un carácter hosco, desconfiado, un egoísmo familiar salvaje y ciego.

En el tercer estadio la conducción del juego no se encuentra en manos de los padres, está en la escuela o en la organización deportiva, pero aquéllos conservan grandes posibilidades de influir en forma constructiva sobre el carácter del hijo. En primer término, hay que cuidar especialmente de que la atracción del deporte no adquiera el carácter de una pasión dominante y orientar al niño hacia los otros aspectos de la actividad que debe desarrollar. En cuanto al sentimiento de orgullo por el éxito logrado, es necesario infundirle una conciencia colectiva para que lo sienta principalmente como miembro de una colectividad —equipo u organización— más que a título personal. Es necesario también moderar todo alarde, inculcar el respeto al contrincante y dirigir la atención sobre la organización, entrenamiento y disciplina del equipo. Por último, hay que educarlo para que sepa asumir una actitud serena frente a los éxitos y a los fracasos. En este estadio será muy provechoso que los padres conozcan de cerca a los integrantes del equipo en que actúa el hijo.

Durante las tres etapas es fundamental que el juego no absorba toda la vida espiritual del niño y que se desarrollen paralelamente sus hábitos de trabajo.

La educación del juego exige siempre que se inculque

al niño la aspiración a un placer más integral que el de la simple contemplación, que le infunda el coraje necesario para superar dificultades y eduque la imaginación y el impulso intelectual. En el segundo y tercer estadios debe recordarse siempre que el niño ingreso en una sociedad y que su aprendizaje no se limita al juego, sino también a actuar como miembro de una colectividad, con un desempeño correcto en sus relaciones con los demás.

Resumamos lo dicho.

El juego tiene gran importancia educativa, por cuanto prepara al hombre para el trabajo, que va sustituyendo a aquél en forma gradual.

Muchos padres no dedican suficiente atención a este problema y dejan al niño librado a su propia suerte, o lo rodean de excesivos juguetes y cuidados.

Los métodos son distintos en las diversas etapas, pero siempre se debe dar al niño la posibilidad de un desarrollo correcto y espontáneo de sus capacidades, sin negarle ayuda en los casos difíciles.

Durante el segundo y tercer estadios, más que el juego, se deben dirigir las relaciones del niño con los demás y con la colectividad.

EL TRABAJO EN LA EDUCACION FAMILIAR

No se concibe una educación soviética correcta que no sea una educación para el trabajo. El trabajo ha sido siempre fundamental en el hombre para asegurar su bienestar y su cultura.

En nuestro país ha dejado de ser objeto de explotación, para convertirse en motivo de honor, de gloria, de valor, de heroísmo. Somos un Estado de trabajadores y nuestra Constitución establece: "El que no trabaja no come".

Por eso el trabajo debe ser también uno de los elementos básicos de la educación. Intentaremos analizar detalladamente el sentido y la importancia de la educación del trabajo en la familia.

Primero.– Los padres deben recordar ante todo que el hijo será miembro de una sociedad de trabajadores, y que su desempeño en esa sociedad y su valor como ciudadano dependerán exclusivamente del grado de su participación en el trabajo social, de su capacitación para el mismo.

Su bienestar y su nivel material de vida también dependerán de su contribución al trabajo social, nuestra Constitución dice: "De cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo".

Sabemos que por naturaleza todos los individuos po-

seen aptitudes para el trabajo aproximadamente iguales, pero en la vida real unos trabajan mejor que otros; mientras algunos sólo son capaces de realizar tareas muy simples, otros las pueden efectuar más complejas, y por consiguiente de más valor. Estas distintas capacidades de trabajo no son innatas, se forman en el curso de la vida y en especial durante la juventud.

De esto se deduce que la educación no es solamente la preparación de un ciudadano bueno o malo, sino también la preparación de su futuro nivel de vida, de su bienestar.

Segundo.– Se puede trabajar por necesidad vital. En la historia humana el trabajo tuvo casi siempre un carácter coactivo, de esfuerzo penoso, necesario para no perecer de hambre. Desde los tiempos antiguos el hombre lucha para liberarse del trabajo opresivo y convertirse en fuerza creadora, sin poder lograrlo en las condiciones de explotación y de desigualdad clasista.

En el Estado soviético todo trabajo debe tener la categoría de una actividad creadora, puesto que en su totalidad está dirigido a la creación de la riqueza social y a acrecentar la cultura del país de los trabajadores. De ahí que uno de los objetivos de la educación sea la formación del hábito del trabajo creador.

Esta forma del esfuerzo humano sólo es posible cuando se realiza con amor, cuando el hombre siente el placer de la creación y comprende su utilidad y necesidad, cuando el esfuerzo se convierte en la forma fundamental de expresión de su personalidad y de su talento. Ello es posible solamente cuando se ha arraigado un hábito en ese sentido, cuando ningún esfuerzo o tarea resulta penoso, a condición de que tenga un sentido.

El trabajo no puede ser creador entre hombres que temen el esfuerzo, que no quieren sentir sudor en la frente y piensan cómo desembarazarse cuanto antes de una tarea para empezar otra, que les parecerá grata sólo hasta el momento en que la comienzan.

Tercero.– No es sólo la capacitación del trabajador la que se va gestando en la concatenación de esfuerzos, sino

también la preparación del compañero, por cuanto simultáneamente se forman relaciones correctas con los semejantes; se opera una formación moral.

El hombre que a cada paso trata de eludir el esfuerzo, que se limita a mirar cómo trabajan los demás y a aprovechar sus frutos, es considerado como el más inmoral de la sociedad soviética.

Por el contrario, los esfuerzos del trabajo en común, el trabajo colectivo, la ayuda a cada individuo y su independencia constante en la producción originan relaciones correctas, que no consisten solamente en que cada uno dedica su energía a la sociedad, sino que al mismo tiempo exige lo propio de los demás y no quiere tolerar a su lado a parásitos. Es la participación en la labor colectiva la que permite a cada hombre mantener relaciones moralmente correctas con sus semejantes.

Afecto y amistad fraternal con el hombre laborioso; indignación y repudio hacia el holgazán que elude el trabajo.

Cuarto.– Sería falso creer que en la educación del trabajo se desarrollan únicamente los músculos, la vista, el tacto, la destreza manual. El desarrollo físico producido por el esfuerzo muscular tiene sin duda una gran importancia y constituye un elemento de valor indispensable en la cultura física, pero su utilidad principal se pone en evidencia en el desarrollo psíquico y espiritual del individuo. Ese desenvolvimiento espiritual, originado por un trabajo armónico, debe constituir la cualidad que distinga al ciudadano de una sociedad sin clases del ciudadano de una sociedad clasista.

Quinto.– Es indispensable señalar todavía otra particularidad, a la que desgraciadamente se atribuye poca importancia entre nosotros. El trabajo no sólo tiene importancia social y económica, sino también un gran valor en la vida privada.

Bien sabemos cuánto más alegres y felices viven los hombres capaces y serenos, los que trabajan con éxito, los que saben dominar y gobernar las cosas, y cómo,

el contrario, siempre nos inspiran lástima los que se arredran ante el menor obstáculo, los que no saben bastarse a sí mismos, los que si no reciben ayuda viven en la incomodidad, en la suciedad, en el desorden.

Los padres deben reflexionar sobre cada una de las cuestiones que señalamos. Verán confirmada a cada paso, en su vida y en la de sus amigos, la gran importancia de la educación del trabajo. En la tarea de educar a sus hijos no deben olvidar nunca este aspecto.

Es difícil proporcionar a los hijos una educación profesional en el seno de la familia. Esta carece de los recursos necesarios para proporcionar una calificación profesional, la que, en cambio, se obtiene en las organizaciones del Estado: escuela, fábrica, administración, universidad.

En otro tiempo era la familia la que se encargaba de capacitar a los hijos: si el padre era zapatero, el hijo tenía que aprender el mismo oficio, si carpintero, el hijo debía hacerse carpintero. Y las hijas, como es sabido, eran preparadas para ser amas de casa, sin que siquiera aspirasen a otra cosa.

Ahora es el Estado el que se preocupa de la capacitación profesional de los futuros ciudadanos; con este fin posee numerosos institutos generosamente provistos.

Ello no obstante, los padres no deben pensar que la educación familiar no tiene ninguna relación con la profesional. Es precisamente la preparación familiar la que tiene mayor importancia en la calificación futura del individuo. El niño que haya recibido en el seno de la familia una correcta educación laboral, emprenderá luego con mayores perspectivas de éxito su preparación especializada. Y los niños que no hayan recibido ninguna educación del trabajo en su hogar no podrán logran ninguna calificación, sufrirán frecuentes fracasos y serán malos trabajadores, si los establecimientos estatales no logran corregirlos.

Los padres no deben creer que entendemos por trabajo solamente el esfuerzo físico, el trabajo muscular. Con

el desarrollo de la producción mecánica el trabajo físico pierde poco a poco la gravitación que tenía antes en la vida social. El Gobierno soviético se esfuerza por suprimir completamente el trabajo físico pesado. Así vemos que en la construcción de edificios los ladrillos son alcanzados por máquinas; el transporte manual disminuye cada vez más. En nuestras fábricas, sobre todo en las construidas después de la revolución, el trabajo físico pesado ha desaparecido por completo.

El hombre dispone cada vez en mayor abundancia de inmensas fuerzas físicas organizadas; lo que se exige, y en forma creciente, es capacidad intelectual y no física: organización, atención, cálculo, inventiva, habilidad.

El movimiento stajanovista, una de las manifestaciones más destacadas de nuestro país, no representa la movilización de las fuerzas físicas de la clase obrera, sino justamente una movilización creadora de sus fuerzas morales, liberadas de la opresión por la gran revolución socialista. El verdadero stajanovista no confía principalmente en sus músculos, sino que organiza el material y los instrumentos, nuevos implementos y nuevos métodos de trabajo. Que los padres no lo olviden, su deber no es educar la fuerza del trabajo bruto, sino formar stajanovistas, hombres de trabajo socialista y de resultados socialistas.

En la educación soviética no hay diferencias fundamentales entre el trabajo físico y el trabajo intelectual. La organización del esfuerzo, su faz verdaderamente humana, son aspectos tan importantes en uno como en otro. Si confiamos a un niño una sola cosa para hacer, siempre la misma, sólo trabajo físico que no exige de él más que un gasto de energía muscular, su valor pedagógico será muy reducido, aunque no totalmente inútil. El niño se habituará al esfuerzo, tomará parte en el trabajo social, se educará normalmente trabajando como todo el mundo, pero no será una educación laboral stajanovista si no le agregamos tareas interesantes en forma organizada.

En el tema que consideramos es importante el siguiente aspecto del método. Se le asigna al niño una tarea que debe llevar a cabo aplicando un procedimiento determinado, cuya duración no debe estar forzosamente limitada al breve intervalo de un día o dos. Puede ser prolongada y proseguir durante meses, o años. Lo que importa es dejar al niño libertad en la elección de los medios y cierta responsabilidad por la ejecución de la tarea y por su calidad.

Será poco provechoso si se le dice al niño: "He aquí un plumero, quita el polvo de esta pieza y hazlo en tal o cual forma". Mucho más acertado es confiarle el cuidado de mantener limpia una habitación durante un período prolongado, dejándole decidir por sí mismo cómo ha de hacerlo.

En el primer caso no le habríamos propuesto sino una tarea puramente muscular, en el segundo le planteamos un problema de organización, por ende una cuestión más elevada y útil. De suerte que cuanto más complejo e independiente sea el problema, tanto mejor será, en el sentido pedagógico. No todos lo tienen en cuenta. Hay quienes confían a su hijo una determinada tarea, pero se pierden en los pequeños detalles; les mandan hacer algunas diligencias simples cuando sería de mayor valor confiarles una tarea continuada, como, por ejemplo, cuidar de que en la casa no falte jabón o pasta dentífrica.

La participación del niño en las tareas familiares debe comenzar antes de iniciarse con el juego. Se le confiará la responsabilidad de cuidar sus juguetes, de limpiar y tener en orden el sitio donde se guardan y el lugar donde juega. El trabajo debe ser propuesto en líneas generales: todo debe estar limpio, los útiles en orden, los juguetes libres de polvo. Desde luego que se le pueden indicar algunos procedimientos, pero en general es mejor que él mismo descubra que hace falta un trapo para la limpieza, que debe pedírselo a la madre, que debe conservarlo en buenas condiciones, etc. También debe estar a su cargo la reparación de los juguetes en la medida en que pueda

hacerlo, a cuyo efecto se pondrán a su disposición los materiales necesarios.

Con el transcurso del tiempo las tareas adquieren más carácter de trabajo que de juego y se hacen más complejas. Enumeramos algunos aspectos del trabajo infantil, dejando a cada familia el cuidado de modificar o extender la lista según las condiciones de vida y la edad de los niños:

1. Regar las plantas.
2. Quitar el polvo de algunos muebles.
3. Preparar la mesa.
4. Llenar saleros y pimenteros.
5. Cuidar el escritorio del padre.
6. Ocuparse del cuidado de la biblioteca familiar y tener los libros en orden.
7. Recibir los periódicos y ponerlos en su lugar, separando los viejos.
8. Alimentar al perro o al gato.
9. Limpiar el cuarto de baño, comprar jabón, dentífrico y las hojas de afeitar para el padre.
10. Encargarse del arreglo de una habitación o de algún rincón.
11. Coser los botones de su ropa y tener en orden los elementos necesarios.
12. Responsabilizarse del orden en el aparador.
13. Cepillar las ropas del hermanito o del padre.
14. Adornar el cuarto con retratos, postales o reproducciones.
15. Cuando hay una huerta, hacerse cargo de la siembra, el cuidado y la cosecha de una parte.
16. Cuidar de que en la casa haya siempre flores.
17. Atender el teléfono y tener al día la libreta de direcciones.
18. Tener un plano de los itinerarios de los medios de transporte y marcar en él los lugares a que los familiares viajan con más frecuencia.
19. Los niños mayores pueden ocuparse de organizar las salidas familiares a espectáculos, proveerse de progra-

mas y adquirir las localidades.

20. Tener en el mayor orden el botiquín doméstico cuidando de que no falte lo indispensable.

21. Mantener la casa libre de insectos.

22. Ayudar a la madre o a la hermana en los quehaceres domésticos.

Cada familia encontrará otras ocupaciones parecidas, más o menos entretenidas y accesibles al niño. Es obvio que el programa de labor no debe ser excesivo, pero conviene que no haya una diferencia demasiado grande entre el cúmulo de tareas domésticas de los padres y el de los hijos.

Cuando en la casa hay personas de servicio, los niños se acostumbran a confiar en el trabajo de aquéllos en circunstancias en que podrían bastarse a sí mismos. Los padres deben vigilar este aspecto y procurar que nadie realice las tareas que el niño puede y debe llevar a cabo por sus propios medios.

Al asignarse la labor en el ambiente familiar es necesario tener en cuenta la tarea escolar del niño –que es más importante– para evitar se vea frente a obligaciones excesivas. La tarea escolar tiene preferencia y los niños deben comprender que con ella no cumplen únicamente una función personal sino también una función social, de cuyo éxito responden ante los padres y ante el Estado. Pero sería erróneo enaltecer solamente el trabajo escolar y desestimar cualquier otro. La dedicación exclusiva al trabajo escolar no es conveniente porque despierta en los niños un desdén total por la vida y el trabajo del grupo familiar. La atmósfera colectivista debe respirarse siempre en la familia y traducirse con la mayor frecuencia posible en la ayuda mutua de sus integrantes.

¿Cómo se puede y se debe provocar en el niño el esfuerzo de trabajo? En las más variadas formas. En la primera infancia hay que valerse de los recursos apropiados para sugerir y enseñar muchas cosas al niño, pero en general la fórmula ideal consiste en que aquél señale por propia iniciativa la necesidad de realizar una tarea –en

vista de que la madre o el padre no tienen tiempo para hacerla– y colabore espontáneamente. Educar la buena voluntad para el trabajo y la atención a las necesidades del grupo familiar es educar un verdadero ciudadano soviético.

Ocurre a menudo que el niño –por inexperiencia o deficiente orientación– no se da cuenta de ciertas características de algún trabajo. Entonces es necesario señalárselo con habilidad, ayudarle a que se oriente en el problema y tomar parte en su solución. A menudo, la mejor manera de hacerlo es despertar un interés técnico por el trabajo, siempre que no se abuse de este procedimiento. El niño debe acostumbrarse también a efectuar tareas que no le interesan mucho y que a primera vista le resultan poco agradables. La educación debe propender a que el factor que impulsa al trabajo no sea su carácter entretenido, sino su utilidad, la necesidad de realizarlo.

Esa educación será eficaz cuando se llegue al punto que el niño ejecute tareas desagradables pacientemente, sin quejas. En tal caso, paralelamente con su crecimiento adquirirá una sensibilidad tal que el trabajo menos grato llegará a proporcionarle placer si comprende su utilidad social.

Cuando la necesidad o el interés no sean suficientes para despertar en el niño el deseo de realizar una labor, se recurrirá a la petición. Esta forma de dirigirse al niño se distingue de las otras en que le deja entera libertad de elección, para lo cual se formulará de modo que el pequeño crea que cumple la tarea por su propia voluntad, sin ninguna presión. Se le debe decir algo así como: "Tengo algo que pedirte, aunque es difícil y tú tienes bastantes cosas que hacer. . . , pero. . . "

La petición es la mejor y más suave manera de proceder, mas no se debe abusar de ella. Es recomendable cuando se está seguro de que el niño lo hará con gusto. Cuando se abriga duda al respecto, conviene recurrir a la orden común, impartida tranquilamente, de modo simple y concreto. Cuando se sabe alternar hábilmente órde-

nes y peticiones desde el principio, y sobre todo cuando se logra estimular la iniciativa personal del niño, habituándolo a sentir la necesidad del trabajo y a ejecutarlo de buen grado, se pueden dar las órdenes con suavidad. Pero si hubo negligencia en la educación, surgirá la necesidad de emplear la coerción para que el niño cumpla su tarea.

La coerción puede tener diferentes formas, desde la simple repetición de una orden hasta la reiteración imperiosa y exigente. En ningún caso se debe recurrir a la coacción física, pues es la menos útil de todas y no despierta más que disgusto por la tarea.

Una de las cosas que más preocupa a los padres es saber cómo deben tratar al niño perezoso. Debemos advertir que la pereza o el disgusto por el esfuerzo físico raras veces es fruto de un mal estado de salud, de debilidad física o de falta de energía. Si así fuera, lo mejor será recurrir a un médico. Pero en la mayoría de los casos la pereza no se debe sino a un mal hábito, a que los padres no desarrollan la energía del niño desde la más tierna infancia, no lo acostumbran a sobreponerse a las dificultades, no despiertan su interés por las tareas domésticas y no lo habitúan al trabajo ni a las satisfacciones que proporciona.

No hay más que un medio de lucha contra la pereza: atraer progresivamente al niño hacia la actividad despertando lentamente su interés por el trabajo.

Al mismo tiempo debe lucharse también contra otros defectos. Hay niños que cumplen sus tareas –cualesquiera que sean– sin entusiasmo, sin interés, sin satisfacción y sin pensar en lo que están haciendo. Sólo trabajan para evitar enojos y reproches. Es un trabajo que recuerda a menudo el esfuerzo de un animal de carga. Los trabajadores de ese tipo suelen perder el control de su labor y se habitúan a prescindir de toda crítica. Luego se convierten en objetos de explotación y trabajan para todos, incluso para sujetos que no hacen nada. El Gobierno soviético no puede favorecer semejante sumisión casi animal,

fruto principalmente de una carencia total de conceptos morales sobre el trabajo propio y el de los demás.

Es verdad que nuestro sistema de producción no deja lugar a la explotación del hombre por el hombre, pero existen muchos "aficionados" capaces de explotar el trabajo del prójimo en el ambiente familiar, en la vida diaria. Nuestra educación debe lograr en forma categórica que no haya en nuestra sociedad individuos que puedan ser explotados y que ningún apetito de explotación pueda desarrollarse en el propio ambiente familiar. Los padres deben cuidar de que los hijos mayores no exploten a los menores y de que no haya ninguna desigualdad en la división de las tareas, permitiendo únicamente la ayuda mutua.

Nos falta decir algunas palabras acerca de la calidad del trabajo. Se trata de una cuestión muy seria y que merece mucha atención.

La calidad está condicionada por las posibilidades físicas e intelectuales del niño, y hay que tener en cuenta su falta de experiencia y de capacidad física para realizar una labor perfecta en todos sus aspectos.

Cuando realiza un trabajo deficiente no hay que avergonzarlo o censurarlo. Se le debe decir simple y serenamente que el trabajo no es satisfactorio, que debe transformarlo, corregirlo o rehacerlo. Tampoco debe hacerse el trabajo por él. Sólo en algunos casos raros los padres pueden terminar lo que está fuera de las posibilidades infantiles, corrigiendo así los errores en que incurrieron al indicar la tarea.

Estamos absolutamente contra las recompensas y el castigo. Cualquiera que sea la índole del trabajo y el esfuerzo necesario para su cumplimiento, debe producir al niño satisfacción y alegría. Reconocer que su trabajo está bien hecho es el mejor premio. Elogiar su inventiva, su espíritu de empresa, sus métodos de trabajo, su capacidad para esforzarse, es también recompensarlo. Pero no debe abusarse de las aprobaciones verbales, particularmente de las felicitaciones delante de amigos y relacio-

nes de los padres.

Menos aún se debe castigar al niño por un trabajo mal hecho o inconcluso. Lo más importante en este caso es conseguir que pese a ello el trabajo sea terminado.

ECONOMIA FAMILIAR

Cada familia tiene su economía. A diferencia de lo que pasa en la sociedad burguesa, el patrimonio de nuestra familia proviene exclusivamente de un trabajo que no puede perseguir fines de explotación humana, y puede acrecerse únicamente por el aumento de los salarios de sus miembros y no porque se dediquen al lucro. Este patrimonio se compone de cosas de uso personal, con exclusión de todo medio de producción, que en nuestro país es de propiedad social.

En la sociedad burguesa la familia rica invierte parte de su patrimonio en medios de producción para explotar el trabajo alquilado, con miras a aumentar la producción y enriquecerse más. Entre nosotros esto es imposible. El enriquecimiento de nuestra familia se traduce simplemente en que vive mejor y más feliz, que adquiere más objetos de uso personal y satisface más necesidades. Es natural que toda familia aspire a mejorar su vida mediante el aumento de sus recursos, pero no lo hace explotando en forma rapaz a otros seres humanos, sino por medio de la participación activa de sus miembros en la vida y el trabajo de todo el pueblo soviético. Su patrimonio no depende sólo de sus propios esfuerzos sino de los logros de todo el país, de sus triunfos y éxitos en el frente económico y cultural.

El niño es un miembro de la familia y partícipe, por lo tanto, de su economía; partícipe también en cierta medida de toda la economía soviética. Su educación en el campo económico debe tender a capacitarlo para su desempeño fecundo en el terreno familiar y estatal. Para los educadores de la sociedad burguesa este objetivo no existe. Allí el hombre se interesa sólo por su enriquecimiento personal, la economía estatal ocupa un lugar poco importante en la masa de unidades económicas privadas.

Entre nosotros todo hombre debe participar en forma obligatoria en la economía estatal, y cuanto más preparación tenga para ello, más provecho aportará a toda la sociedad soviética y a sí mismo.

Es necesario comprender bien este problema y meditarlo de cuando en cuando para analizar periódicamente los métodos educativos correspondientes a través de un concepto político claro de los fines de la educación.

Hay quien piensa que el proceso formativo se opera solamente cuando se conversa con los niños, o cuando se los orienta en el juego o en sus relaciones con los demás. Desde luego que estas actividades reportan una gran utilidad pedagógica, pero el provecho será insignificante si no se educa al niño en el campo económico, puesto que en el futuro no deberá ser solamente un hombre honesto y bueno, sino también un administrador soviético honesto y constructivo.

La economía familiar ofrece campo propicio para educar muchos rasgos del carácter del futuro ciudadano administrador. En la breve charla de hoy no es posible enumerar todas esas particularidades. Nos referiremos a las principales.

Mediante la conducción correcta de la economía familiar se educa el colectivismo, la honestidad, la previsión, el cuidado, el sentido de responsabilidad, la capacidad de orientarse y la capacidad operativa.

Analizaremos cada uno de estos aspectos.

Colectivismo.– En sentido nato colectivismo significa solidaridad del hombre con la sociedad. Su antítesis es el individualismo. A causa de una atención deficiente de los padres, en algunas familias se forman individualistas. Si el niño ignora hasta la juventud la fuente de los recursos familiares, si se acostumbra a satisfacer solamente sus necesidades y no advierte las de los demás, si no vincula su familia con toda la sociedad, si crece como un consumidor ávido, es porque fue objeto de una educación individualista, que más tarde ocasionará mucho daño a toda la sociedad y a él mismo.

Esto suele ocurrir porque los padres no tienen conciencia clara del problema y se preocupan sólo de que al niño no le falte nada, que esté bien alimentado, bien vestido y provisto de juguetes y satisfacciones. Proceden así por su gran bondad y amor; se privan de muchas cosas indispensables sin que el hijo lo sepa, con el resultado de que aquél cree que es un ser privilegiado y que su voluntad es ley para sus padres. Desconoce por completo en qué consiste el trabajo de sus padres, las dificultades de los mismos y la importancia y utilidad que reporta a la sociedad. Con tanta más razón nada sabe respecto del trabajo de los demás. Sólo conoce sus propios deseos y su satisfacción.

Una educación semejante es muy incorrecta y las primeras víctimas de ella son los padres. En nuestro país la única educación correcta es la del colectivismo, y es necesario dirigirla con toda conciencia y regularidad. Para ello recomendamos lo que sigue:

1. El niño debe saber cuanto antes dónde trabajan sus padres, en qué consiste su trabajo cuáles son sus dificultades y resultados, la índole de la producción y su valor social. Los padres deben vincularlo con algunos compañeros de trabajo y colaboradores y hacerle conocer sus méritos. Cuando se han formado una opinión desfavorable de alguien, no deben revelarla a los hijos.

En general el niño debe comprender cuanto antes que el dinero ganado por los padres no es solamente un có-

modo elemento adquisitivo, sino que es el fruto de un trabajo social intenso y útil. Los padres deben explicar estas cosas al niño en forma sencilla. De acuerdo con la edad y en forma clara y asequible a su comprensión, se le explicarán los objetivos y los logros de otras empresas de la Unión Soviética. Es útil también hacerle ver la fábrica y explicarle el proceso de producción.

Cuando la madre se ocupa únicamente de quehaceres domésticos, el niño debe conocer y respetar esa labor y comprender que exige esfuerzos y preocupaciones.

2. El niño debe conocer cuanto antes el presupuesto familiar y el salario de los padres. Lejos de ocultarle el plan financiero de la familia, es necesario atraerlo a la dilucidación de sus problemas. Es necesario que conozca las necesidades de los padres y aprenda a moderarse en la satisfacción de algunas propias para proveer mejor las de los otros miembros de la familia. En particular debe tener conocimiento de problemas como la adquisición de vajilla, muebles, radio, libros, diarios, etc.

3. Cuando la situación económica de la familia es floreciente, hay que evitar que el niño se jacte de ello ante los demás, que se envanezca por su ropa o vivienda. Debe comprender que el simple hecho de poseer riqueza no puede servir de base al orgullo. Cuando el presupuesto familiar es holgado, es preferible invertir el dinero en la satisfacción de necesidades comunes que en satisfacer necesidades secundarias del niño; es mejor comprar libros que un traje superfluo.

Pero cuando la situación económica de la familia es precaria, hay que evitar que el niño envidie otras. Debe saber que en la lucha entusiasta por el progreso hay más dignidad que en la mera posesión de dinero. Son circunstancias en las que se debe educar la paciencia, la aspiración a un futuro mejor –que es accesible para todos en nuestro país–, la condescendencia mutua y una alegre disposición a compartir con el amigo. Los padres nunca deben quejarse en presencia del niño, y deben mostrarse optimistas y alegres, confiados siempre en el futuro

y empeñados en el mejoramiento de la economía familiar. Cada mejora real debe ser señalada y subrayada.

Honestidad.– La honestidad no cae del cielo, se adquiere por la educación en familia. También puede formarse en ella la deshonestidad: todo depende del método educativo.

¿Qué es la honestidad? Es la actitud sincera, abierta. La deshonestidad es ocultación, insinceridad. Si el niño desea una manzana y lo manifiesta abiertamente, es honesto. Si oculta ese deseo y trata de apoderarse de la manzana sin que nadie lo vea, incurre en una deshonestidad. Si la madre le da esa fruta a escondidas de los otros niños –aun tratándose de extraños– con su actitud de ocultar las cosas inculca la deshonestidad. La actitud de ocultar las cosas en el ambiente familiar –guardar en secreto algo, comer en los rincones, esconder manjares– son todos hechos que engendran la deshonestidad. Sólo a una edad mayor el niño aprenderá a distinguir el secreto útil, o sea, lo que se debe ocultar por razones valederas, y, en general lo que constituye una vivencia personal. En la primera infancia, cuanto menos secretos tenga el niño y más franco sea, tanto mejor será para su educación.

La honestidad es un problema educativo de primordial importancia y hay que dedicarle una atención cuidadosa. No es necesario ocultarle al niño las cosas, sino habituarlo a no tomar nada sin pedirlo. Se puede dejar deliberadamente cosas tentadoras a la vista para que se acostumbre a verlas tranquilamente, sin desearlas con avidez. Esta actitud tranquila hacia las cosas accesibles debe formarse desde muy temprano. Al mismo tiempo, hay que cuidar que haya orden, que cada cosa esté en su lugar, que se sepa qué hay en la casa y dónde está. Cuando hay desorden, se desarrolla en forma espontánea una actitud arbitraria hacia las cosas y el niño hace con ellas lo que quiere, sin decírselo a nadie, y se habitúa en esa forma a una conducta deshonesta. Si se le encarga que compre algo, se debe verificar la compra y la vuelta, y

hacerlo hasta tanto arraiguen en él sólidas normas de honestidad. Este control debe ser hecho en forma discreta para que el niño no piense que se duda de él.

Nuevamente llamamos la atención de los padres sobre la necesidad de inculcar honestidad desde la más tierna infancia. En este sentido, todos los errores que se cometen hasta los cinco años son de muy difícil corrección.

Previsión.– Los objetos que integran el patrimonio familiar envejecen y deben ser reemplazados por otros nuevos, en cuya adquisición se invierte cierta cantidad de dinero. El niño lo ve y es necesario que desde los primeros años se habitúe a usar las cosas en forma racional. Un buen ecónomo debe prever siempre cuáles son las cosas que empiezan a inutilizarse, evitar su desgaste prematuro y repararlas a tiempo, y comprar únicamente lo que sea efectivamente necesario y no lo que haya visto por casualidad en la feria o en cualquier otra parte.

Estas son las cuestiones que integran el sector de la previsión. Sin embargo, hay que cuidarse del exceso de previsión, porque en algunos casos hace olvidar todo lo restante y produce preocupaciones innecesarias, cosa que no debe sucederle al ecónomo soviético. Nuestra previsión debe ser tranquila y estar basada en un cálculo racional, hecho con la debida anticipación, y en la capacidad de elegir lo necesario y descartar lo superfluo. Pero el principal rasgo de la previsión soviética consiste en que nada tiene que ver con la codicia. La previsión soviética se distingue de la voracidad acumulativa de la familia burguesa. Es importante que el niño se habitúe a tener más cuidado con las cosas de los otros miembros de la familia que con las propias, en particular con los objetos de uso familiar común.

En la previsión está implicado el principio de la planificación. El niño debe acostumbrarse a ella desde pequeño. Periódicamente se le hará participar en la deliberación familiar sobre las nuevas necesidades y emitir su opinión sobre la forma de proveerlas. Por ejemplo, cuan-

do el niño sabe que el diván está gastado, que es necesario repararlo o cambiarlo y que todos concuerdan en este punto, coordinará con anticipación sus necesidades personales con esa necesidad general y será el primero en recordársela a los padres. En todos los casos conviene inculcarle el hábito de poner atención en los detalles importantes y en la interdependencia de éstos. Ocurre a veces que un objeto valioso puede deteriorarse por falta de algún elemento que parece insignificante para su conservación; eso se evita cuando se ha puesto atención en los detalles.

Cuidado.– Es una forma especial de la previsión, y la diferencia estriba en que esta última se manifiesta más en el pensamiento, en las concepciones, mientras que aquél es una cuestión de costumbre. Se puede ser previsor y carecer al mismo tiempo de la costumbre de ser cuidadoso, en lo que debe educarse al niño cuanto antes. Hay que enseñar al niño desde pequeño a que coma sin manchar el mantel o el traje, y a que use los objetos sin ensuciarlos ni romperlos. No obstante las múltiples dificultades con que tropieza para formar esas costumbres, hay que empeñarse en lograrlas. No hay enseñanza que valga en esta materia si no existe la costumbre, que sólo se adquiere mediante mucha ejercitación. Si el niño al correr en la habitación derribó una silla, no se le debe endilgar todo un discurso al respecto, sino decirle:

– Es probable que puedas pasar sin hacer caer la silla. Prueba hacerlo. ¡Magnífico! Lo haces muy bien.

Si, por ejemplo, un niño de siete años ensució o rompió el traje, hay que darle otro y decirle:

– Ahí tienes otro traje. Está limpio. Veremos cómo está después de una semana.

Es necesario infundir en el niño el deseo de ser siempre cuidadoso; acostumbrarlo, por ejemplo, en forma tal a usar los zapatos limpios que se sienta inhibido de ponérselos sucios.

Particular cuidado se debe tener también con las cosas

de los demás, en especial con las de uso social. Por eso nunca debe permitirse al niño que sea negligente con los objetos de la calle, del parque, del teatro.

Responsabilidad.– No consiste en el temor al castigo, sino en el sentimiento de incomodidad que se experimenta cuando se tiene la culpa del deterioro o destrucción de una cosa. En sentido lato, es incomodidad o inhibición que se siente para realizar un acto que está en pugna con la moral soviética. Esta es la responsabilidad que debemos formar en el ciudadano soviético, y por ello no se debe castigar al niño por el deterioro de las cosas o amenazarlo con castigos, sino procurar que vea el daño ocasionado por su actitud negligente y que se arrepienta de ella. Desde luego, hay que explicarle todos los defectos de la negligencia, pero es más útil si los siente por su propia experiencia. Si ha roto, por ejemplo, un juguete, no se debe tirar y apresurarse a comprale otro, al contrario, importa que durante algún tiempo lo tenga a la vista y vea la necesidad de repararlo. Conviene que los padres conversen sobre esa reparación, para que el niño vea la preocupación que les ocasionó y que el interés de sus padres por el juguete es mayor que el suyo propio. Después de hecho el arreglo, es útil que el padre o la madre digan en tono de broma:

– Ahora está bien, pero ¿te lo damos o no? ¿Serás nuevamente descuidado y lo romperás otra vez?

En tales casos el niño empieza a comprender que sus actos producen efectos desagradables y surge en él una sensación espontánea de responsabilidad. A medida que transcurre el tiempo, esa responsabilidad espontánea debe convertirse en un hábito y ser obligatoria. Si más tarde el niño demuestra una negligencia francamente inadmisible, ya no corresponde un tono de broma para provocar la sensación de responsabilidad, sino exigir con el tono más serio un mayor orden, usando incluso una expresión como: –Esto ya es inadmisible. Trata de que no ocurra en lo sucesivo.

Es particularmente importante inculcarle responsabilidad en los casos en que no están en juego los intereses de los demás miembros de la familia o intereses sociales. Ello no es difícil cuando existe en la familia un ambiente colectivo correcto.

Capacidad de orientación.– Es un requisito esencial para formar un buen administrador. Consiste fundamentalmente en la capacidad de ver y comprender todos los detalles relativos a un caso dado. Por ejemplo: mientras se trabaja no hay que olvidar que detrás y al lado hay también hombres ocupados en alguna tarea. La orientación es imposible si se tiene la costumbre de percibir sólo lo que está a la vista, y no ver ni sentir lo que ocurre alrededor. Es una capacidad muy importante en la actividad económica. Al hacer algo, el niño no debe olvidar sus tareas restantes y la labor de los demás. Cuando juega debe tener presente que está rodeado de cosas que hay que cuidar; al cumplir un mandato, que debe volver con puntualidad y realizar luego una tarea personal o familiar.

Para formar esa capacidad es útil encomendar al niño más de una diligencia, que sea una tarea condicional o combinada. Citaremos algunos ejemplos sencillos:

– Pon en orden la biblioteca y mientras tanto ordena los libros por autores. Compra arenques, pero si en el almacén hay buen gobio, no compres arenques y trae gobio.

La capacidad de orientación se forma con la ejercitación constante en tareas económicas y en el conocimiento de todos los detalles y peculiaridades de la economía.

Capacidad operativa.– Es necesaria para realizar tareas económicas prolongadas, que excedan los límites de una diligencia breve. Ya desde los siete u ocho años, y a veces antes, se puede encargar al niño que cuide al hermano menor, riegue las plantas, mantenga en orden los libros, alimente al gato.

Una cuestión particularmente importante es la de los gastos. Recomendamos insistentemente a cada familia que se dé al niño cierta autonomía en sus gastos personales, y en algunos casos, también en los familiares. Para ello hay que entregarle una o varias veces al mes determinadas sumas de dinero con una asignación precisa de los distintos gastos, cuya lista estará en relación con la edad del niño y los recursos de la familia. Por ejemplo, a un muchacho de catorce años se le puede confeccionar la siguiente: gastos de tranvía, compra de cuadernos, jabón y dentífrico para la familia, gastos de cine para él y el hermano menor. Será más amplia e implicará más responsabilidad en relación con la edad del niño.

Es importante conocer la forma en que se cumplen las diligencias y si el niño abusa o no de su libertad para gastar, o la aprovecha más para sus satisfacciones personales que para el destino asignado. A veces el niño puede equivocarse a causa de un error en la suma fijada, pero ocurre también que no siempre encara su derecho y sus posibilidades con suficiente seriedad. En este caso basta con explicarle sus errores y aconsejarle su corrección. Pero de todos modos no se le debe fastidiar con comprobaciones constantes y, menos aún, con una permanente desconfianza. Lo que importa es saber cómo procede en estas actividades.

Hemos terminado el examen de las principales particularidades de la economía familiar. Los padres encontrarán en su experiencia muchos y variados ejercicios para una acertada educación económica de sus hijos. Deben recordar que al formar a un administrador honesto y eficiente forman al mismo tiempo un buen ciudadano. Es importante que la economía doméstica se organice en forma colectivista, tranquila y disciplinada, que no haya nerviosismo ni refunfuños, y que impere el mejor ánimo posible y una aspiración solidaria a mejorar la vida familiar.

Resumamos la conferencia de hoy.

La actividad económica de la familia es un escenario

importantísimo para el trabajo educativo. En ella se forma:

El colectivismo, o sea, una solidaridad real del hombre con el trabajo y con los intereses de los demás y los intereses sociales. El colectivismo se desarrolla acercando al niño a las condiciones de trabajo de los padres, haciéndolo participar en la confección del presupuesto familiar, con sobriedad en tiempos de abundancia y con dignidad en época de estrechez.

La honestidad, o sea, una actitud abierta y sincera hacia los hombres y las cosas.

La previsión, o sea, la atención constante de las necesidades familiares y del plan para satisfacerlas.

El cuidado, o sea, la costumbre de conservar las cosas.

La responsabilidad, o sea, el sentimiento de culpa e incomodidad en caso de deterioro o destrucción de una cosa, o de haber cometido un acto contrario a la moral soviética.

La capacidad de orientación, o sea, la capacidad de enfocar un conjunto de elementos y problemas.

La capacidad operativa, o sea, la capacidad de distribuir el tiempo y el trabajo.

Toda la economía familiar debe ser colectivista y desenvolverse en tono tranquilo y sin nerviosismo.

EDUCACION DE HABITOS CULTURALES

Incurren en un craso error los padres que piensan que la formación cultural es una obligación que incumbe solamente a la escuela y a la sociedad, y que la familia nada puede hacer en ese sentido. Todos conocemos familias que dedican mucha atención a la alimentación del niño, a su vestimenta y juegos, y están convencidas de que en la edad preescolar no debe hacer otra cosa que jugar, acopiar fuerza y salud y que sólo en la escuela se pondrá en contacto con la cultura.

En realidad, la familia no sólo está obligada a comenzar la formación cultural lo antes posible, sino que dispone con ese fin de muchas posibilidades que deben utilizar en la mejor forma.

No se trata de un problema difícil, siempre que los padres no crean que su obligación pedagógica se reduce a formar hábitos culturales en el niño y que podrán cumplirla sin cultivarse ellos mismos. Cuando los padres no leen diarios ni libros, nunca concurren al teatro o al cine, no se interesan por las exposiciones y museos, les resultará muy difícil dirigir la formación cultural de sus hijos. En este caso, por más que se empeñen, habrá en su actitud mucho de insincero y artificioso, que el niño notará, lo que le hará pensar que no se trata de una cuestión importante.

A la inversa, en la familia en que los padres hacen una vida cultural activa, en que el diario y el libro constituyen una necesidad, en que los problemas del teatro y del cine interesan a todos, la formación cultural tendrá lugar incluso cuando pareciera que los padres ni piensan en ella. No se debe inferir de ahí que la formación de hábitos culturales puede producirse espontáneamente, que es ésta la mejor forma de lograrlos. El automatismo en esta materia –como en otra cualquiera– puede reportar mucho daño, por cuanto desestima los efectos de la educación y ocasiona muchos errores. El automatismo suele ser, precisamente, la causa de situaciones en que los padres empiezan a preguntarse consternados: ¿De dónde proviene eso? ¿Dónde adquirió el niño esas ideas, esos hábitos?

La formación cultural es eficaz cuando se la organiza conscientemente, con un plan, con un método acertado y con control. Debe principiar cuanto antes, cuando el niño aún está lejos de la etapa de la lectura, en el período de su desarrollo sensorial, cuando comenzó a ver y oír con claridad y balbucear algunas palabras.

Un cuento bien relatado es ya un comienzo de formación cultural. Sería muy útil que en la biblioteca de cada familia hubiera una colección de cuentos. En los últimos tiempos se han editado muchas colecciones interesantes. Desde luego que no todos pueden ser narrados tal cual, es necesario abreviarlos y adaptar su lenguaje a la comprensión infantil. Lo mismo cabe decir de los cuentos que los padres recuerdan de su niñez.

Ante todo se debe prescindir de aquellos en cuya trama intervienen el diablo, brujas, ondinas o cosas por el estilo, aptos solamente para niños de una edad en que están ya bien a cubierto de esas viejas y tenebrosas invenciones y en condiciones de percibir en el cuento solamente la ficción artística, de entender que detrás de las imágenes de los diversos monstruos hay generalmente algo hostil y malévolo para el hombre. Durante la primera infancia las imágenes malignas pueden ser percibidas por

el niño como reales y orientar su imaginación hacia una mística tenebrosa, intimidatoria.

Los mejores cuentos para pequeños son siempre los relativos a los animales. En el acervo literario ruso de este género existen muchos y muy buenos. Lo mismo ocurre en los demás pueblos de la URSS; todos poseen un rico caudal de cuentos. En el momento oportuno se pasará a aquellos cuyo argumento se basa en las relaciones humanas. Existen muchos relatos interesantes sobre "Juan el tonto", pero hay que evitar los que destacan la necedad humana y califican irónicamente a Juan de tonto. Como ejemplo recomendable podemos citar el hermoso cuento de Erschov "El caballito jorobado". El género es más serio cuando la trama del cuento refleja la lucha entre pobres y ricos, la lucha de clases. En este sentido recomendamos a los padres cierto cuidado: evitar los cuentos sombríos que relatan y describen la muerte de seres humanos.

En general, se dará preferencia al cuento que despierte la energía y la confianza en las propias fuerzas, con un enfoque optimista de la vida, que inspire la esperanza en la victoria. La simpatía hacia los oprimidos no debe asociarse a la idea de una predestinación sin posible cambio. Los cuadros afligentes que se refieren a formas sombrías de violencia y de explotación pueden ser exhibidos solamente a los niños mayores.

La observación de ilustraciones es muy útil para el desarrollo de la imaginación y de nociones amplias sobre la vida. Además de las revistas infantiles se puede utilizar con ese objeto cualquier reproducción de cuadros, grabados o fotografías cuyo contenido sea adecuado. Son elementos que despiertan y encauzan la atención hacia los distintos detalles, hacia las relaciones entre las cosas observadas y sus causas, y sugieren a los niños muchas preguntas. Estas preguntas siempre deben ser respondidas en forma comprensible para la mentalidad infantil. Si por cualquier circunstancia resulta difícil responder en forma adecuada, conviene decir: –No lo comprenderás, cuando

seas mayor lo sabrás. Semejantes respuestas no son perjudiciales, habitúan al niño a aquilatar sus posibilidades cuando formula preguntas y le prometen un futuro serio e interesante. Se pueden encontrar estampas de este género en distintos periódicos y en revistas.

El teatro y el cine son aptos para el niño exclusivamente cuando se trata de temas especiales, destinados a la edad correspondiente. En general, tratándose de la primera infancia es mejor abstenerse del teatro y del cine, por cuanto el número de espectáculos adecuados es insignificante. Por ejemplo, la pieza del simbolista Maeterlinck *El pájaro azul* es inapropiada para los más pequeños. Algunos padres piensan que por tratarse de un cuento no ofrece inconvenientes. Pero en realidad se trata de una obra totalmente inaccesible para niños de corta edad y, en algunas de sus partes, incluso para los de edad mediana. La pieza es de un simbolismo complicado y tenso, las cosas y los animales poseen caracteres complejos y contiene muchas imágenes rebuscadas e irreales ("terrores").

La enseñanza de la lectura constituye un momento de transición importante en la tarea de formación de hábitos culturales. Por lo común esa transición se produce en la escuela y ejerce gran influencia en la vida del niño, que ingresa en el campo de la palabra impresa y del libro –a veces con desgana– superando con esfuerzo las dificultades técnicas que le plantean la letra y el proceso de la lectura. La iniciación debe realizarse con habilidad, evitando toda violencia a los niños, sin que ello signifique estimular cierta pereza que surge de la lucha con las dificultades.

Conviene que los libros sean accesibles por su contenido, impresos en tipos grandes y con muchas ilustraciones. Aunque el niño no esté aún en condiciones de leerlos son útiles, por cuanto despiertan su interés por la lectura y la aspiración a superar sus dificultades.

Una vez aprendida la lectura comienza la etapa del estudio y de la adquisición de conocimientos. La escuela adquiere entonces una importancia primordial en la vida

del niño, sin que ello signifique, claro está, que los padres olviden sus obligaciones y dejen todo a cargo de aquélla. No olvidemos que la eficacia de todos los aspectos de la educación durante la escolaridad depende mucho de la colaboración entre el hogar y la escuela, entre los que debe haber siempre entendimiento y acción solidaria. Precisamente el clima cultural de la familia influye mucho en el trabajo escolar del niño, en la calidad y la intensidad de su estudio, en la formación de relaciones correctas con los maestros, los compañeros y toda la organización escolar. Es entonces cuando adquieren gran importancia el diario, el libro, el teatro, el cine, el museo, las exposiciones y los demás elementos de la formación cultural. Los examinaremos por separado.

El diario.– Aun cuando el niño no sepa leer ni escribir y solamente escuche una lectura, el diario ya debe ocupar un lugar destacado entre sus impresiones. En todo hogar debe haber un diario, que no deben leer los padres cada uno para sí, lejos del niño. Todos contienen material apropiado para ser leído en voz alta y comentando, y aunque no lo sea especialmente para el niño, conviene hacerlo en su presencia y en forma tal que parezca que se prescinde de él. De todos modos el niño escuchará, y lo hará con tanta más atención cuanto más natural sea la actitud de los adultos. Cualquier diario contiene material relativo a sucesos internacionales, a demostraciones de los trabajadores en ocasión de festejos, episodios fronterizos, logros stajanovistas, distintos actos heroicos y valerosos, construcción y ornamentación de ciudades, nuevas leyes, etc.

Cuando el niño ya sabe leer, el diario adquiere una importancia cada vez mayor. Desde luego que es muy útil cuando el niño es suscriptor del periódico de alguna organización juvenil, pero si existiera alguna dificultad para ello, no será un mal irreparable: los diarios soviéticos están escritos en un idioma asequible a cualquier persona alfabetizada y siempre contienen algún material in-

teresante también para el niño. Naturalmente, hay que procurar que él mismo lo lea, que se convierta para él en un elemento indispensable. Pero es también necesario el comentario familiar de lo leído, o por lo menos una conversación al respecto. Ese comentario no debe hacerse de una manera formal, consagrándole una determinada hora y, desde luego, no debe ser extenso. Es conveniente que parezca una charla libre, mejor aún si parece ocasional, surgida por casualidad con motivo de alguna cuestión doméstica o de una opinión emitida por alguien. Si no se presentan oportunidades de esa índole, se puede preguntar simplemente qué hay de interesante en el diario.

Durante la adolescencia, la lectura de diarios debe ser un hábito generalizado de la cultura soviética, una manifestación de interés activo y cálido de los niños por la vida de su patria.

El libro.– El contacto con el libro debe comenzar también con la lectura en voz alta, actividad que debe convertirse luego en habitual en el ambiente familiar, cualquier que sea el grado de instrucción que haya alcanzado el niño. Al principio actuarán como lectores los padres, pero más adelante lo harán los niños. Siempre es útil que esa lectura no se haga especialmente para el niño, sino para el círculo familiar, con el propósito de provocar intercamibos de opiniones y juicios colectivos. Estas formas de lectura orientan los gustos del niño y lo habitúan a encarar lo leído con sentido crítico.

Independientemente de la lectura en voz alta es necesario inculcar en forma gradual en el niño la afición a la lectura silenciosa. Aunque esto lo hace y dirige con preferencia la escuela, sobre todo con los niños mayores, ello no obsta para que los padres puedan hacer mucho en ese sentido, cumpliendo los siguientes requisitos:

a) Controlar la selección de las lecturas, pues aun ahora vemos muchas veces a los niños con libros cuya procedencia ignoramos.

b) Saber cómo lee el niño; hay que enseñarle a que no

devore en forma mecánica página tras página y sin quererlo siga solamente el interés externo del libro, el episodio anecdótico, lo que se llama la fábula.

c) Habituar al niño a cuidar el libro.

Muchos padres creen que la solución del problema exige un estudio especial, la preparación de un bibliógrafo. Craso error. La experiencia prueba que los lectores soviéticos saben orientarse perfectamente en la literatura y muchas veces lo hacen tan bien como los críticos literarios. De cualquier manera, siempre cabe una consulta a personas capacitadas, como los maestros bibliotecarios.

Cine.– En nuestro tiempo el cine es un poderoso factor educativo, tanto para los niños como para los adultos En la Unión Soviética todas las películas se filman exclusivamente en estudios estatales, y aun en el caso de su fracaso artístico no pueden ocasionar daño al niño. En su gran mayoría sirven de excelente medio educativo. No obstante, el cine no debe brindarse a los niños en forma ilimitada y sin control.

En primer término, hay que conocer la reacción anímica del niño frente al cine. Cuando este último lo absorbe apasionadamente y se convierte en el principal contenido de su vida, le hace olvidar todas sus obligaciones y el trabajo escolar, estamos frente a una situación inconveniente. El niño quiere ver todas las películas, gasta para ello todo su dinero y empieza incluso a hurtarlo en su casa con el mismo propósito.

Por lo común, semejante entusiasmo trae aparejados también otros aspectos de valor negativo. El niño se acostumbra al placer pasivo, que no va más allá de una simple impresión visual; se limita a mirar, sus impresiones artísticas son superficiales, no llegan a su personalidad, no le sugieren ideas o problemas. La utilidad de estos espectáculos es insignificante y más de una vez producen daño. Es un asunto que requiere una vigilancia constante.

Recomendamos que no se permita al niño ir al cine más de dos veces por mes. Hasta los catorce o quince años conviene que los acompañen los padres o los hermanos mayores; así, además del control de su conducta, será provechoso para los objetivos de la lectura colectiva que hemos recomendado. Cada película será objeto de un comentario breve en la familia, tratando que el niño emita su opinión y refiera sus impresiones agradables y desagradables, y las cosas que más hayan despertado su interés. Si los padres comprueban que no repara más que en los elementos exteriores de la película –el aspecto episódico del argumento, las aventuras de los héroes–, conviene sugerirle los aspectos más importantes y profundos, ya sea mediante preguntas, o simplemente emitiendo la propia opinión.

En cierta medida conviene que los padres elijan las películas, para lo cual no les resultará difícil obtener previamente las referencias necesarias. Las películas cuyos temas ofrecen dificultades para la comprensión infantil deben ser evitadas, del mismo modo que las que pueden provocar reacciones inconvenientes por cualquier circunstancia. Los temas de amor y de medicina también deben evitarse cuando son prematuros. Desde luego que al hacer la elección se debe tener en cuenta el estado del niño, su trabajo en la escuela y su conducta. La postergación de la concurrencia al cine puede ser usada como sanción por mala conducta o por incumplimiento de los deberes escolares. Pero a veces también la vista de una buena película contribuye a corregir al niño en su actuación escolar y en el trabajo.

Teatro.– Todo lo dicho con respecto al cine puede aplicarse también al teatro, con la diferencia de que en este caso se trata con más frecuencia de temas inaccesibles para la inteligencia y la sensibilidad infantiles. Espectáculos como *Otelo* o *Ana Karenina* son completamente inadecuados para adolescentes. También debe procederse con mucho cuidado con respecto a ciertos ba-

ballets. Esa es la razón por la que se prohíbe la entrada a los espectáculos teatrales nocturnos antes de determinada edad.

La elección de la pieza teatral no ofrece dificultades, por cuanto en muchas de nuestras ciudades existen salas especiales para niños, con repertorios adecuados. La asistencia a esos teatros es muy útil. La obra teatral exige atención seria y prolongada. En este sentido el teatro difiere del cine. El hecho de que la obra se represente con intervalos provoca en el espectador una atención mayor hacia las particularidades del tema y contribuye a que se haga un análisis más intenso. La concurrencia al teatro constituye en cierta medida un acontecimiento en la vida del niño, circunstancia que los padres deben aprovechar bien.

La obra teatral debe ser comentada en la familia en forma más amplia que la película.

Museos y exposiciones.– Casi todas nuestras ciudades poseen museos o galerías. Los padres no los visitan con la debida frecuencia, no obstante tratarse de un medio educativo muy valioso. Es una actividad que exige del niño una atención sera; su aspecto puramente recreativo es insignificante, en cambio moviliza la actividad intelectual y emotiva sugiriendo ideas y provocando sentimientos intensos y profundos. Hay que procurar que las visitas a los museos no se conviertan en observaciones superficiales, rápidas, a las que nos referimos al hablar del cine. Por eso nunca se debe recorrer un museo grande en una sola visita. A la Galería Tretiakov, por ejemplo, hay que dedicarle varios días; al Museo de la Revolución, dos o tres.

Otras formas de educación cultural.– nos hemos referido a las principales formas de educación cultural, entre ellas a las que organiza el Estado. En realidad, es poco lo que tienen que inventar los padres en este sentido: basta con que utilicen en la mejor forma posible todos los bie-

res culturales de nuestro país.

Si aprovechan en forma amplia el diario, el libro, el cine, el teatro y el museo, brindarán mucho a sus hijos en el campo del conocimiento y en materia de educación del carácter.

Sin embargo, pueden agregar bastante. Las formas de educación cultural en la familia son más variadas de lo que parece a primera vista. Tomemos por ejemplo un día común de salida, ya sea en invierno o verano. El paseo a las afueras de la ciudad, el contacto con la naturaleza, con una aldea, con la gente, con temas tan magníficos como la reconstrucción, la construcción de viviendas, caminos y fábricas, son todos motivos fecundos para aprovechar el día de descanso. Se sobreentiende que esos temas no deben traducirse en conferencias o relatos interminables. Un paseo debe ser un paseo, fundamentalmente un descanso, y no se debe forzar la atención del niño y obligarlo a escuchar enseñanzas. Su atención se detiene involuntariamente en las cosas que ve, y algunas palabras que refuercen sus impresiones —aunque sean dichas en broma—, alguna narración que trace un paralelo con el pasado, un relato humorístico, todo eso ejerce imperceptiblemente una influencia de gran valor educativo.

El interés hacia el deporte debe ser estimulado, teniendo cuidado de que el niño no se convierta simplemente en un partidario apasionado de un deporte o de un equipo. Si se limita a concurrir con entusiasmo a todos los partidos de fútbol, conoce el nombre de todos los jugadores y sus récords, pero no participa en ningún círculo de cultura física, no patina, no esquía, no sabe en qué consiste el voléibol, su interés por el deporte es muy poco útil y más de una vez perjudicial. Lo mismo ocurre cuando demuestra interés por el ajedrez y no lo practica. Desde el punto de vista educativo importa que el niño no se limite sólo a la atracción que ejerce el espectáculo deportivo, sino que se convierta en deportista de hecho, que practique un deporte. Ello se logra en forma más eficiente cuando los padres comparten esa ac-

tividad. Desde luego que esto es difícil para los padres maduros, pero los jóvenes tienen la posibilidad de hacerlo, facilitando con ello la iniciación y la práctica deportiva de sus hijos. En este sentido se puede afirmar que los padres demuestran ya cierta inclinación al deporte, pero no ocurre lo propio con las madres, no obstante la gran utilidad que su práctica reporta a las madres jóvenes. Del mismo modo puede afirmarse que nuestras niñas son menos deportistas que los muchachos, de donde surge la conveniencia de orientar a la mujer cada vez más hacia el deporte.

Además de las actividades expuestas se pueden practicar también, en el seno familiar, ciertas formas de educación cultura, como la preparación de espectáculos domésticos, la confección de un periódico mural, de una agenda diaria, la correspondencia con los amigos, la participación de los hijos en campañas políticas, en el arreglo de la casa, organización de grupos infantiles, de encuentros, juegos, paseos, etc.

En todos los aspectos de la formación cultural de la familia se deben tener en cuenta tanto el contenido como la forma. En cada tarea se procurará lograr la mayor actividad; no basta con formar la capacidad de ver, de escuchar, sino también desarrollar la voluntad, la aspiración al triunfo, a superar obstáculos, el deseo de atraer a los compañeros y a los menores. Por otra parte, dentro del marco de ese método activo la actitud del niño hacia los compañeros debe ser atenta y modesta, evitando toda ostentación o jactancia.

Puede ocurrir que el primer éxito en un trabajo provoque en el niño una sobreestimación de sus fuerzas, desdén por los demás, la costumbre de los triunfos rápidos, que puede traducirse en el futuro en incapacidad para superar dificultades prolongadas. De ahí que sea siempre útil que los padres tracen al niño un plan para el futuro inmediato y lo interesen en su realización, que vigilarán en forma discreta. Ese plan puede comprender los distintos aspectos de la formación cultural a que nos hemos re-

ferido.

En las distintas actividades de la formación cultural conviene cuidar muy especialmente que no empiece a predominar en el niño el interés por la simple distracción, por pasar el tiempo. Claro está que cada iniciación cultural debe proporcionarle un placer, mas el éxito será real si se consigue combinar ese placer con el mayor provecho educativo posible. Esto requiere una inventiva que está dentro de las posibilidades de la mayoría de los padres, con tal de que mediten suficientemente lo que al respecto hemos dicho.

Hasta en la lectura de diarios se pueden introducir muchos elementos interesantes y entretenidos para el niño. Se le puede incitar, por ejemplo, a que reúna recortes sobre determinados temas; enseñarle cómo se confecciona un mapa doméstico con la demarcación de todos sus límites. Más tarde se pueden confeccionar álbumes y colecciones de recortes de periódicos y de dibujos de revistas referentes a determinados temas.

Valiéndose de distintos métodos, el trabajo cultural en la familia puede convertirse en muy interesante y valioso, desde el punto de vista educativo. Pero es siempre necesario que en todo tema cultural, en cualquier cuestión, padres y niños recuerden al pueblo soviético y nuestra construcción socialista. La actividad cultural debe orientarse constantemente hacia la actividad política. El niño debe sentirse cada vez más ciudadano de nuestro país, conocer las hazañas de sus héroes, saber quiénes son sus enemigos, y saber también a quién debe consagrar su vida cultural consciente.

EDUCACION SEXUAL

La educación sexual es considerada como uno de los problemas pedagógicos más difíciles. En efecto, ninguna cuestión ha sido tan confundida ni fue objeto de tantas opiniones incorrectas. Sin embargo, en la práctica no es tan difícil, y en muchas familias se resuelve en forma sencilla, sin vacilaciones mortificantes. Se convierte en difícil cuando se la enfoca por separado, desvinculada del conjunto de los demás problemas educativos, atribuyéndole una importancia excesiva.

La educación sexual no ofrece dificultades cuando los padres tienen un concepto definido de sus objetivos y saben, por lo tanto, ver con claridad la forma de lograrlos.

Al llegar a cierta edad todo ser humano tiene vida sexual. Es un aspecto común a la mayoría de los seres vivos.

La vida sexual del hombre difiere sustancialmente de la del animal, y en esa diferencia estriba el objetivo de la educación sexual. El animal siente la necesidad de la vida sexual en la medida en que ella tiende a la procreación, y prácticamente no es susceptible de corrupción.

El hombre, en cambio, busca el placer sexual independientemente del deseo de procreación, tendencia que suele adquirir formas muy desordenadas y moralmente

reprobables, lo que ocasiona su propia desgracia y perjudica a los demás. El hombre ha recorrido una larga historia de desarrollo, evolucionando no sólo como tipo zoológico, sino también como ser social. Durante ese proceso se han elaborado ideales humanos sobre muchos aspectos de la moral, entre ellos los relativos a las relaciones sexuales. En la sociedad clasista, esos ideales se violan en interés de las clases gobernantes. Dichas violaciones se observan en la estructura de la familia, en la situación de la mujer y en la autoridad despótica del hombre. En algunos países existe una verdadera compraventa de mujeres; conocemos muchas formas históricas de la poligamia en que la mujer era considerada simplemente como un objeto de placer para el hombre; existe el fenómeno degradante de la prostitución en que el hombre compra temporariamente la caricia femenina; conocemos, por último, los marcos coercitivos de la familia en que el hombre y la mujer están constreñidos a vivir juntos, aun en contra de su voluntad.

La Revolución Socialista de Octubre liquidó esos resabios deformes de la sociedad clasista. Destruyó las cadenas de la convivencia forzada y liberó a la mujer de muchos escarnios que le infería el hombre.

Sólo después de la Revolución de Octubre la vida sexual humana se aproxima a los ideales con que desde antiguo soñaba la humanidad. No faltó quien interpretara mal esa nueva libertad, creyendo que la vida sexual puede consistir en un cambio desordenado de parejas conyugales, en el llamado "amor libre". En una sociedad bien organizada socialista, semejante práctica de la vida sexual conduce necesariamente a un simplismo de relaciones indigna del hombre, a la vulgaridad, a vivencias penosas, a desgracias, a la destrucción de la familia y a la orfandad de los niños.

En su vida sexual –lo mismo que en sus demás aspectos– el hombre no debe olvidar que es un miembro de la sociedad, ciudadano de su país y participante en la construcción socialista. Por ello, en todas sus actitudes

–tanto hacia la mujer como hacia el hombre– no deben olvidar las exigencias de la moral comunista, que custodia siempre los intereses de toda la sociedad y exige de cada ciudadano el cumplimiento de normas definidas también en la esfera sexual. La educación de los niños se encauzará de modo que su futura conducta no esté reñida con dicha moral.

¿Qué exige la moral comunista en materia de vida sexual? Exige que la vida sexual de cada hombre y de cada mujer esté en armonía constante con las dos expresiones tan importantes de la vida humana como son la familia y el amor. Considera como normal y moralmente justificada sólo la vida sexual que se basa en el amor recíproco y que se manifiesta en el matrimonio, o sea, en la unión civil pública y abierta del hombre y de la mujer y cuyos fines son la felicidad humana y la procreación y educación de los hijos.

De ahí surgen claramente los objetivos de la educación sexual: configurar la formación espiritual del niño de modo que en el futuro considere al amor como un sentimiento profundo y serio, y que lo realice en procura de su felicidad y placer dentro del marco de la familia.

En consecuencia, al considerar la educación del futuro sentimiento sexual de nuestro niño, debemos, en propiedad, referirnos a su formación emocional en materia de amor y a su educación como futuro hombre de familia. Enfocada desde cualquier otro punto de vista, la educación sexual será dañina y antisocial. Todo padre debe tener un concepto claro –y formularse el propósito consiguiente– de que el futuro ciudadano que está educando puede lograr la felicidad solamente en el amor familiar, única forma en que debe buscar también las alegrías de la vida sexual. Si no se plantean esos fines, o no logran realizarlos, sus hijos serán desordenados en la vida sexual, sufrirán toda clase de dramas y desgracias, y su vida será sucia y perjudicial para la sociedad.

La educación sexual correcta –al igual que cualquier otro aspecto de la formación del carácter– es fundamen-

talmente el efecto de una buena organización familiar, con la que el padre sabe orientar en forma constructiva —paso a paso, permanentemente— el desarrollo de un hombre soviético auténtico.

Los factores decisivos en materia de amor y vida familiar están constituídos por la personalidad moral y política del individuo, su desarrollo general, su capacidad de trabajo, honestidad, aptitudes, su lealtad al país y el amor a la sociedad. En consecuencia, se puede afirmar que la vida sexual del futuro hombre se educa siempre, a cada paso, incluso cuando los padres o los educadores no piensan en ella. El viejo proverbio: "la pereza es la madre de todos los vicios", refleja muy bien esa ley general. Pero los vicios tienen más de una madre; no sólo la pereza, sino cualquier desviación de la conducta social conduce inevitablemente a una conducta viciosa en la soceidad y a una vida sexual desordenada.

Por eso, lo decisivo en materia de educación sexual es el conjunto del trabajo educativo, la totalidad de sus aspectos y no algunos procedimientos aislados considerados como especiales.

Cuando se inculca al niño la honestidad, la sinceridad, la rectitud, la costumbre de la limpieza, la veracidad, el respecto a los demás, el amor a la patria, la lealtad a las ideas de la revolución socialista, cuando se le capacita para el trabajo, al mismo tiempo se desenvuelve también su educación en el aspecto sexual. Entre todos estos factores educativos, algunos tienen una relación más directa con la educación sexual, pero todos, tomados en su conjunto, determinan en gran medida el éxito de la educación de los futuros cónyuges.

Hay quien cree en la existencia de métodos y procedimientos especiales para la educación sexual y deposita grandes esperanzas en ellos, pensando que son la expresión más sabia de la pedagogía.

En todo esto es necesario proceder con mucho tino y someter dichas opiniones a un examen cuidadoso, por cuanto suelen contener orientaciones erróneas.

La preocupación por la educación sexual data de antiguo. Mucha gente pensó que la esfera sexual es la más importante y decisiva en la constitución física y psíquica del hombre y que toda su conducata depende del factor sexual. Los partidarios de esas tesis "teóricas" se empeñaban en demostrar que toda la educación de un joven, o de una joven, es en esencia una educación sexual.

Muchas de esas "teorías" han quedado sepultadas en los libros sin llegar a la masa de lectores, pero algunas se divulgaron ampliamente y engendraron opiniones dañinas y peligrosas.

Su fin primordial consistía en que el niño fuera preparado en forma racional para la vida sexual, que no viera en ella nada secreto, nada "vergonzoso". Con ese objeto trataban de iniciar al niño cuanto antes en todos sus misterios, de explicarle el proceso de la procreación. Señalaban con verdadero "terror" a los "simplotes" que engañan a los niños con fábulas de cigüeñas y otros presuntos culpables de la procreación. Al hacerlo, partían de la premisa de que si al niño se le cuenta y explica todo, si de su concepción del amor sexual se elimina todo lo vergonzoso, se logrará una educación sexual correcta.

Hay que encarar con mucho cuidado semejantes opiniones. Los problemas de la educación sexual deben ser enfocados con mucha calma, sin raciocionios dudosos. Cierto es que el niño pregunta con frecuencia de dónde vienen los chicos. Pero eso no basta para justificar la presunta necesidad de explicarle todo en la primera infancia. La ignorancia del niño no se limita solamente a esta cuestión. Es mucho lo que ignora también en los demás aspectos de la vida, sin embargo, no nos apresuramos a cargarlo prematuramente de conocimientos que no está en condiciones de adquirir.

No explicamos a un niño de tres años la causa del calor o del frío, o por qué se alarga o se acorta el día. Del mismo modo, no le explicamos a los siete años la estructura de un motor aeroplano, aunque se interese por él. Todo conocimiento llega a su tiempo y no existe

ningún peligro en que se le responda: —Aún eres pequeño, cuando seas mayor, sabrás.

Por otra parte, es necesario advertir que en el niño no existe, y no puede existir, ningún interés especial en los problemas sexuales. Ese interés aparece en forma auténtica sólo en la pubertad, pero ya en ese período no existe comúnmente para él nada misterioso en ese sentido.

De ahí que no haya una necesidad premiosa de descubrir el "misterio" de la procreación con motivo de una pregunta casual. Son manifestaciones que no contienen aún ninguna curiosidad sexual, y el hecho de que no se le descubre el "misterio" no le ocasiona ningún padecimiento. Se puede eludir la respuesta con una broma o con una sonrisa, el niño olvidará la pregunta y se ocupará de otra cosa. Pero si se conversa con él de los detalles más íntimos en las relaciones entre hombre y mujer, se incita en él la curiosidad por el problema sexual y se hace necesario después contener su imaginación prematuramente despierta. El conocimiento que se le puede impartir al respecto le es totalmente innecesario e inútil, pero, en cambio, el juego de imaginación que ha despertado puede ser el comienzo de vivencias sexuales prematuras.

No se tema que el niño llegue a conocer el secreto de la procreación a través de sus compañeros y amigas y mantenga su conocimiento en reserva. Muchos aspectos de la vida forman una zona íntima, reservada, que no se debe compartir con todos y exhibir a la sociedad, y el niño debe saberlo. Solamente cuando ya se haya formado en él esa actitud hacia la vida íntima, cuando haya adquirido la costumbre del sabio silencio respecto de algunas cosas, será el momento de hablar con él de la vida sexual. Esas conversaciones deben ser estrictamente reservadas entre padre e hijo, o entre madre e hija. Serán útiles porque corresponderán al natural despertar de la vida sexual del joven, y no podrán ocasionar daño por cuanto padres e hijos estarán de acuerdo en que se trata de un tema importante, cuyo análisis es necesario por múltiples razones, que reporta una utilidad real, aunque se trate de una

cuestión íntima. Esas conversaciones deben referirse a problemas de higiene sexual y en particular a la moral sexual.

Al reconocer la necesidad de esas charlas en el período de la pubertad, no se debe sobreestimar su importancia. Hablando con propiedad, sería mejor si las realizara el médico, o si se organizaran en la escuela. Es siempre preferible que entre padres e hijos exista una atmósfera de delicadeza y de pudor, que pueden alterarse con conversaciones demasiado francas sobre temas tan difíciles.

Existen otros motivos en contra de las conversaciones prematuras con los niños sobre cuestiones sexuales; los pueden conducir a un enfoque groseramente realista del problema, y engendrar el cinismo con que a veces los adultos comparten frívolamente con los demás sus vivencias sexuales más íntimas.

Comúnmente esas conversaciones plantean el problema en su expresión fisiológica más estrecha y no lo dignifican con los temas del amor, que enaltece la actitud del hombre hacia la mujer y que hace que dicha actitud sea socialmente más valiosa.

Quiérase o no, dichas conversaciones serán de carácter fisiológico, por cuanto no hay forma de explicar a una criatura que las relaciones sexuales son justificadas por el amor, dado que carece de todo concepto del amor.

Cuando se conversa con los hijos en su debido momento sobre el problema, ya existe la posibilidad de plantearlo en el terreno del amor e infundirles el debido respeto a todas estas cuestiones, basado en un sentimiento cívico, estético y humano. Nuestros jóvenes de ambos sexos se familiarizan con los temas del amor en forma desembozada por la literatura, la vida ambiental y su experiencia social. Esos conocimientos deben servir de base a los padres para su acción educativa.

La educación sexual consiste precisamente en la educación del amor —el sentimiento más grande y profundo—, engalanado con la identificación en las aspiraciones y esperanzas y en la vida toda. Esa educación debe desa-

rrollarse sin análisis demasiado realistas –en cierto modo cínicos– de los aspectos puramente fisiológicos.

¿Cómo se desarrolla esa educación? En esta materia el factor principal es el ejemplo. Un amor auténtico entre los padres, su respeto mutuo, los cuidados que se prodigan, las expresiones de ternura y cariño admisibles abiertamente, si ocurren a la vista de los hijos desde sus primeros años, sirven de medio educativo más eficaz, provocan necesariamente la atención de los niños hacia relaciones tan serias y bellas entre el hombre y la mujer.

El segundo factor consiste en la educación general del sentimiento de amor. Si el niño no aprendió a querer a sus padres y hermanos, a su escuela, a su patria; si en su carácter arraigaron principios de un grosero egoísmo, es muy difícil creer que como adulto será capaz de amar honradamente a la mujer que elija. Por lo común, semejantes hombres se caracterizan por sus intensos impulsos sexuales, pero no respetan a la mujer que los atrae y menosprecian su vida espiritual, que no les despierta el menor interés. Por eso cambian con facilidad sus afectos y no están lejos de la corrupción vulgar. Naturalmente, no es un fenómeno exclusivo de los hombres, ocurre también entre las mujeres.

El amor, al margen del sexo, la amistad, la experiencia del "amor-amistad" vivida en la infancia, la experiencia de afectos duraderos por distintas personas, el amor a la patria, son todos sentimientos que, bien educados desde la primera infancia, constituyen el mejor método para formar la futura actitud hacia la mujer amiga, una actitud que tenga un alto valor social. Si no se logra educar una relación que tenga el carácter señalado será muy difícil disciplinar y dominar la esfera sexual.

Por eso aconsejamos a los padres que dediquen mucha atención al problema de los sentimentos del niño hacia los demás y hacia la sociedad. Hay que procurar que tenga amigos (los padres, los hermanos, los compañeros), que sus relaciones con ellos no sean azarosas y egoístas y que los intereses de los amigos no le sean indiferentes.

Conviene despertar cuanto antes el interés del niño por cu ciudad o aldea, la fábrica en que trabaja su padre, y luego por todo nuestro país, su historia y sus prohombres. Desde luego que esto no se conseguirá simplemente con conversaciones. Es necesario que el niño vea muchas cosas, piense y experimente vivencias interesantes. El cine, el teatro y la literatura son medio muy adecuados para lograr esos objetivos.

Una educación como la descrita será también positiva en el sentido sexual. Creará las condiciones de carácter y los rasgos de la personalidad propios del hombre colectivista, que se conducirá con moralidad también en el campo sexual.

En el mismo sentido gravitará también un régimen familiar correcto. El que se haya acostumbrado al orden desde la primera infancia sin haber hecho experiencias de vida desordenada e irresponsable, se comportará en el futuro de igual manera en sus relaciones con las personas del otro sexo.

Un régimen correcto influye en forma beneficiosa en la educación sexual también por otros motivos. La experiencia desordenada en este sentido comienza en muchos casos en encuentros casuales de muchachos y niñas a causa del ocio, del aburrimiento, de una desocupación incontrolada. Los padres deben saber con quién se encuentra su hijo y con qué objeto. Por último, un régimen correcto contribuye simplemente a un mayor equilibrio físico del niño, equilibrio que evita un despertar precoz de las vivencias sexuales. Acostarse y levantarse a su debido tiempo, no estar tumbado en la cama sin necesidad, contribuyen a un buen temple moral y por lo tanto a la templanza sexual.

Otro factor positivo en la educación que estamos considerando lo constituye el hecho de que el niño tenga tareas y preocupaciones normales para su edad y sus posibilidades. Ya hemos hablado de esto en otras oportunidades, pero se trata de una cuestión que tienen importancia también para la educación sexual.

Cierto cansancio normal y agradable al anochecer y la idea de los trabajos y obligaciones del día que surge en la mañana siguiente, son factores que crean una base valiosa para el curso normal de la imaginación y para una distribución apropiada de las energías del niño durante el día.

En semejantes condiciones no aparecen en el niño tedencias físicas ni psíquicas a la vagancia ociosa, a un excesivo juego de imaginación y a los encuentros e impresiones azarosos.

Los niños cuya primera infancia transcurre en un ambiente con régimen correcto y preciso comúnmente adquieren simpatía por ese régimen, se habitúan a él y se forma en ellos una actitud correcta hacia los demás.

El deporte forma también parte de una educación general correcta, que se refleja inevitablemente en la esfera sexual. Las prácticas deportivas bien organizadas, especialmente el patinaje, el esquí, el remo, la gimnasia regular, aportan un gran provecho, cuya evidencia no requiere demostraciones.

Todas esas medidas educativas no parecen tener relación directa con los fines de la educación sexual, pero conducen a ellos por cuanto contribuyen en forma muy eficaz a la educación del carácter e integran la experiencia física y psíquica de la juventud. Son por lo tanto recursos muy eficientes para la educación sexual.

Cuando esos métodos y principios se aplican en la familia, la influencia directa de los padres sobre la juventud por medio de conversaciones se hace más fácil y efectiva. En cambio, si dichas condiciones no se cumplen, si no se educan los sentimientos de solidaridad con los demás y con la colectividad, si no se organiza el régimen y el deporte, no podrá haber conversaciones provechosas, por más ingeniosas y oportunas que sean.

Esas conversaciones deben surgir a consecuencia de un caso concreto. Nunca deben realizarse por adelantado, a título de prevención, cuando la conducta del niño no da motivo para ello. Pero al mismo tiempo, la menor

desviación de la norma debe ser señalada, para evitar omisiones inconvenientes y encontrarse luego frente a un hecho consumado.

Podemos considerar como motivos adecuados para tales conversaciones los siguientes: las expresiones o charlas cínicas, el excesivo interés por los escándalos familiares de los demás, la actitud sospechosa y no del todo honesta hacia las parejas de enamorados, la amistad frívola con las niñas, impregnada en forma visible por el simple interés sexual, la falta de respeto a la mujer, la inclinación excesiva por los adornos, la coquetería precoz, el interés por los libros que tratan con crudeza las relaciones sexuales.

A una edad mayor, esas conversaciones pueden afrontar ya con más amplitud el análisis del problema, señalar soluciones concretas y positivas e invocar también distintos ejemplos de otros jóvenes.

Tratándose de muchachos y niñas muy jóvenes, dichas pláticas deben ser breves, y se apelará a veces directamente al reproche o a la prohibición, exigiendo una conducta limpia.

Más útiles aun son las referencias a distintos casos de problemas sexuales ocurridos en el ambiente y que provocan un sentimiento de repulsión y de franca condenación. Con tal motivo es útil manifestar que se espera de los hijos otro tipo de conducta, de lo que se está tan seguro que ni se habla de ello. En semejantes ocasiones no se debe decir: "No procedan nunca en esta forma, es malo"; conviene usar una expresión como: "Sé que tú no procederás en esa forma; tú no eres así".

MOSCU, 1937

INDICE